VICTOR HUGO

El exilio

Presentación, traducción y notas
Mauricio López Noriega





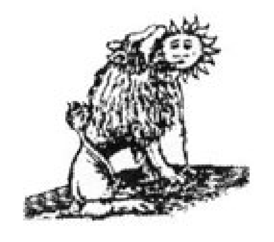
Universidad Nacional Autónoma de México

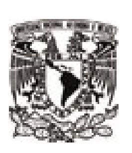
VICTOR HUGO

El exilio

Presentación, traducción y notas

MAURICIO LÓPEZ NORIEGA





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

2012

EXILIOS

En diciembre de 1851, Victor Hugo fue uno de los cinco representantes del pueblo francés elegidos por la izquierda para dirigir la resistencia y combatir el golpe de Estado. El Comité de los Cinco luchó del 2 al 6 de diciembre y hubo de cambiar 27 veces de asilo. La masacre de los bulevares, el jueves 4, aseguró la victoria del crimen y robó toda oportunidad de éxito a los defensores de la ley. Hugo, escondido en París y en comunicación con los principales artífices de la resistencia en los barrios, intentó hasta el último momento mantenerse el mayor tiempo posible a disposición del pueblo.

El 11 de diciembre se desvaneció toda esperanza. Victor Hugo debió marchar a Bruselas. Ahí escribió *Histoire d'un crime* y *Napoléon-le-Petit.* Esto provocó que el gobierno belga dictara la ley Faider, hecha *ex profeso* contra el poeta. En ella se decretan las penas contra el libre pensamiento y se declaran, para Bélgica, sagrados e inviolables todos los príncipes, con sus crímenes incluidos. El exilio de Hugo duró 19 años y nueve meses; por fin, el 4 de septiembre de 1870 vuelve a París. Cinco años después publica *Ce que c'est que l'exil,* con el objetivo de rendir cuentas "de su ausencia a su país". Resultan cuentas tristes, bellísimas.

La voz *exilium,* es decir, destierro, procede del verbo latino *exsilere,* que significa saltar fuera, salir, emerger; es el

acto por el cual una persona o un grupo sufre un proceso de expulsión de la tierra en que vive por parte de quien en ese momento detenta el poder -*existe* el exilio voluntario, que obedece a razones y convicciones personales-. Generalmente su primera acepción se refiere a un destierro por causas políticas aunque, tomada a la letra, la palabra permite un abanico tornasolado.

Existen innumerables ejemplos de exilios en la historia de la humanidad, pero es necesario destacar que son precisamente eso, ejemplos, aunque en algunos casos lleguen a convertirse en paradigmas; baste pensar en Ovidio, desterrado abruptamente por Augusto a una pequeña ciudad del mar Negro, en las fronteras del Imperio, Tomis-nunca sabremos el motivo verdadero, el auténtico significado del oscuro *carmen et error-* Tanto en sus *Tristia* como en las *Epistulae ex Ponto* el poeta se queja amargamente, sobre todo del aislamiento cultural y espiritual al que se ve condenado, además de soportar el espantoso clima y de vivir en una continua inseguridad debido a las periódicas invasiones que tribus hostiles llevaban a cabo en aquel apartado confín. Allí era menos amable el *angulus ridet* al que se refiere Victor Hugo: “el exilio no es una cosa material, es una cosa moral. Todos los rincones de la tierra resultan lo mismo”.

Cuestión moral, no cuestión de derecho, la aplicación injusta del poder sobre otro que no tiene cómo oponerse a la sentencia. Desde un rincón que no le sonreía, Ovidio alzó su voz llena de indignación, a veces en hermosas modulaciones

melancólicas; se le descubre francamente vencido, apelando a la misericordia de quien, en definitiva, tiene el poder, el supuesto derecho que éste le concede, y no rinde cuenta alguna de la forma en que decide sobre la vida de quienes cayeron de su gracia o se volvieron incómodos, los "rebeldes" desarraigados, alejados de la tierra que configuró su cultura y su perdida libertad, entre extraños: "En esto César ningún derecho pudo tener".[1]

Victor Hugo lo expresa de forma parecida al autor del *Las metamorfosis* cuando se refiere a una facultad específica y, en ocasiones, temporal del tirano:

> No hay más que una fuerza, el derecho. El éxito, fuera de la verdad y del derecho, es una apariencia. La corta vista de los tiranos se equivoca; una emboscada triunfante les produce el efecto de una victoria, pero esta victoria está llena de ceniza; el criminal cree que su crimen es su cómplice: error, su crimen es su verdugo; el asesino se corta con su cuchillo, siempre; siempre la traición traiciona al traidor; los delincuentes, sin que lo sospechen, están agarrados del cuello por su crimen, espectro invisible.

El poeta de *Les contemplations* llega más hondo que el latino, con esta apreciación que describe no sólo la ausencia del derecho real, es decir, la violencia, sino que en pocas palabras, prácticamente en una sentencia, puntualiza todo un estado vital -una situación marginal, diría Jaspers- que abarca las diferentes dimensiones del desterrado, pues incluye las evidentes consecuencias producidas por la injusta condena y, al recordarle constantemente su orfandad, alumbra la condición del exiliado con una luz ambigua: "el

exilio es la desnudez del derecho”.

Comparten una característica afín las noticias que nos hacen llegar algunos célebres exiliados: su fama. Pero han existido y existen miles de personas a quienes la daga del exilio les segó la vida, tal como hasta ese momento la concebían, y nadie lo supo ni lo ha de saber. Esto, sin duda, otorga una dimensión mayor a los textos escritos por exiliados famosos: se convierten en voz que habla por quienes no la tuvieron y por todos aquellos que, desgraciadamente, no la tendrán. No son, entonces, los afamados de la literatura-Ovidio, Dante, Victor Hugo, Freud, Thomas Mann, Martí, Solzhenitsin, Ortega y Gasset entre otros tantos- quienes hablan, sino todo aquel que ha ganado la calidad de proscrito y, con ella, ha perdido lo que consideraba suyo, forzado a dejarlo todo y a buscar fortuna en otras tierras, o simplemente a sobrevivir bajo el dominio tenaz de la melancolía:

> Cabellos que de negros se tornan grises y de grises se vuelven blancos en la soledad; un hombre que siente, cada vez más, que se convierte en una sombra; el largo pasar de los años sobre aquel que está ausente, pero que no está muerto; la pesadumbre de este desheredado, la nostalgia de este inocente...

Muchos, además de la confiscación de sus bienes y de haber sido apartados de su vida cotidiana -personas amadas, lugares predilectos, proyectos de trabajo, alimentación-, reciben otro tipo de perversa persecución que Victor Hugo resume en la persona del espía:

> el amo, que es el traidor, os rodea de lo que le parezca mejor [...] adorna

> a sus agentes; ninguna seguridad. ¡Esté en guardia! Usted le habla a un rostro y una máscara lo escucha; vuestro exilio está atormentado por un espectro: el espía.

A la injusticia de la condena, a la persecución, hay que sumar las injurias, las calumnias, los desprecios y las dos armas del déspota: envidia y corrupción. Es el precio a pagar, en conciencia, por la defensa de la verdad. Ricardo Reis, casi en un epitafio, lo sintetiza con dos versos: "la sentencia grabada del Destino/ gozarla letra a letra"; el exiliado ha de soportarlo todo con tal de no cejar en sus convicciones, en medio de un contexto en el cual todos los elementos parecieran concertados para hacerlo sucumbir de desaliento. Pero éstas son sólo pequeñas molestias del exilio a las cuales hay que prestar poca atención; la vida del exiliado se toma más amarga, según Hugo, más dura, cuando comprende que aún han de llegar las grandes penas: soñar, pensar, sufrir.

Convicciones del hombre de letras, del hombre político en el sentido más feliz de la palabra, del hombre humano. Es justo detenerse un instante y sopesar lo vivo de sus ideales. El texto está fechado en 1875 y, si bien en otros lugares del orbe muchos luchaban por alcanzar victorias semejantes, no deja de llamar la atención que lo que Victor Hugo defendía al salvaguardar la verdad, en vez de utopías, resultan logros extraordinariamente actuales:

> ¡Basta de guerra, basta de cadalso, abolición de la pena de muerte, enseñanza gratuita y obligatoria, que todo el mundo sepa leer! [...] La mujer de menor convertida en mayor; esta mitad del género humano

> admitida al sufragio universal; el matrimonio liberado por el divorcio; el niño pobre instruido como el niño rico; la igualdad como resultado de la educación; el impuesto disminuido de entrada y suprimido a la postre por la destrucción de los parasitismos, por el alquiler de los edificios nacionales, por el albañal transformado en abono, por la repartición de los bienes comunes, por el desbrozamiento de los barbechos, por la explotación de la plusvalía social; la vida barata por el repoblamiento de los ríos; no más clases, no más fronteras, no más ligaduras, la República de Europa, la unidad monetaria continental, la circulación decuplicada decuplicando la riqueza. [...] Se alcanzará la paz entre los hombres, no habrá más ejército, no habrá más servicio militar. [...] La mujer votará, el niño tendrá derechos frente a su padre, la madre de familia no será ya ni sometida ni sirvienta, el marido no tendrá ya el derecho de matar a su mujer. [...) El sacerdote no será ya el maestro. [...] No habrá más batallas, no habrá más soldados, no habrá más verdugos, no habrá más horcas ni guillotinas.

No cabe duda de que las ilusiones del poeta francés, compartidas por muchos hombres de su época, fraguadas en la fuerza de sus palabras y la firmeza de su actividad, se fueron cumpliendo paulatinamente. Mientras tanto, detenido el tiempo en su frente, el desterrado aprovecha para fundirse con el mar, para dejarse habitar por su sonido, para permitirse renacer serenamente bajo el cielo abierto. Baudelaire establece una comparación digna al representarse a Hugo frente al mar:

> Como Demóstenes, conversa con los mares y el viento [...] Los colores de su meditación están matizados con solemnidad, y su voz se vuelve más profunda al rivalizar con la del Océano. Pero allí abajo, como aquí, siempre se nos presenta como la estatua de la Meditación que camina.[2]

Sobre esta piedra, Hugo entró en la leyenda de los siglos.

Ovidio también paseaba, meditando, reflexionando, por

las orillas del mar. De pronto, se encontró absolutamente solo en medio de la naturaleza salvaje, circundado por el silencio roto solamente por las olas, por el viento, y exclamaba: "Adonde quiera que miro, nada hay, salvo el mar y el aire".[3] Existe una fotografía de Pierrain en la cual se encuentra Victor Hugo sobre la gran roca de los proscritos, en Jersey, al atardecer; en tonos ocres y sepia, el peñón ocupa la mitad de la imagen; el resto, arena, mar, cielo. Se distingue con claridad la figura del hombre, pero apenas se alcanza a apreciar la expresión de su rostro; sólo queda adivinar el perfil del poeta que pareciera atento, sereno sobre la roca como un baluarte, un barandal del infinito. Soñar y pensar a veces significa sufrir. Frente a la serenidad del mar, la borrasca del espíritu:

> Sueña sin descanso. Sus pasos a lo largo del mar no se perderán. Fraterniza con este poder, el abismo. Mira el infinito, escucha lo ignorado. La gran voz oscura le habla. Toda la naturaleza en tropel se ofrece a este solitario. Las severas analogías le enseñan y lo aconsejan. Fatal, perseguido, pensativo, tiene delante de sí los nubarrones, los soplos, las águilas; comprueba que su destino es tonante y negro como los nubarrones, que sus perseguidores son vanos como los soplos, y que su alma es libre como las águilas.

El alma es libre porque el espíritu, luego de un acedo y difícil examen, se recupera con las cosas pequeñas, las cosas cotidianas de la nueva realidad. Comienza entonces una lenta curación:

> Ama las rosas, los nidos, el vaivén de las mariposas. En verano se abre a la dulce alegría de los seres; tiene una fe inquebrantable en la bondad secreta e infinita, siendo pueril al punto de creer en Dios; hace de la

primavera su casa; los entrelazamientos de las ramas, llenos de encantadores antros verdes, son la morada de su espíritu; vive en abril, habita en floreal; mira los jardines y las praderas, emoción profunda; acecha los misterios de una mata de hierbas; estudia las repúblicas de las hormigas y las abejas; compara las diversas melodías que luchan en la oreja de un Virgilio invisible en la geórgica del bosque; a menudo se enternece hasta las lágrimas porque la naturaleza es bella; lo huraño de los matorrales lo atrae, y sale de ellos dulcemente estupefacto; las actitudes de los peñascos lo ocupan; mira, a través de sus ensueños, a las pequeñitas de tres años correr sobre la arena, sus pies desnudos en la mar, sus faldas arremangadas con las dos manos, mostrando a la fecundidad inmensa su vientre inocente; en invierno, desmenuza pan sobre la nieve para los pájaros.

El trabajo con el que se llena el tiempo, el fruto de sus meditaciones, de sus largos paseos marinos, se tradujeron en obras universales. Victor Hugo escribió durante este periodo *Les châtiments, Les contemplations, La légende des siècles, Les misérables, William Shakespeare, Les chansons des rues et bois, Les travailleurs de la mer* y *L'homme qui rit.* Nada menos. Casi dan ganas de agradecer al pequeño Napoleón. Además, se ocupó en establecer una correspondencia de cientos de cartas en apoyo de todos aquellos que en búsqueda de un ideal así lo requirieran. Prueba de ello son las dos que se incluyen en este tomo, a continuación del ensayo.

Con el espíritu lleno es posible recobrar velas, buscar la verdad enfrentando al proscriptor, en una lucha sin cuartel, aun cuando no fuera personal, aun cuando el desterrado no mirara al hombre sino a la encarnación del poder, a sus representantes. Dos mundos encontrados, antagónicos; por

un lado, los prácticos hombres de Estado; por el otro, los hombres de principios, los quiméricos. En el medio, la realidad objetiva, comprobada por la historia.

Los hombres prácticos evalúan correctamente el momento pero no son capaces de apreciar el contexto general; el quimérico se mueve por principios y, por ende, consigue inscribir un hecho concreto dentro de un escenario mucho más dilatado: es un vidente ciego. Ahí comienza la inflexibilidad del proscrito; ahí su altiva felicidad. ¿El mérito? Con sencillez, que no siempre fue una característica suya, Victor Hugo afirma: "Un proscrito es un hombre honesto que persiste en la honestidad". Y enarbola una paradoja que, siempre que se ha llegado a presentar, resume esta batalla terrible entre dos hombres. El hombre de Estado tiene de su lado al derecho, a los jueces, a la estructura del poder; contradictoriamente se encuentra dentro de la ley pero fuera del derecho. En cambio, el exiliado, filósofo, tiene de su lado la verdad, los principios: fuera de la ley, dentro del derecho, el eterno derecho.

Y al final, París.

Pero existen otros exilios.

Los otros exiliados hoy suelen recibir distintos nombres: refugiados, emigrantes, excluidos, ilegales, expatriados, clandestinos. Raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social o, simple y llanamente, necesidad económica; en el fondo, negro sobre ciego, el oscuro

espectro de la injusticia emerge del pantano.

Estos otros exilios, que en general merecen poca atención, pueden resultar -como de hecho lo son- tan destructivos y despiadados como el exilio político. Se habla ya de millones de emigrantes que, como una serpiente larga y enferma, reptan arduamente del sur al norte, cada frontera un escalón en el que pueden dejar la vida, cada noche la soledad y el desamparo, cada mañana una promesa reverdecida:

> París, siendo más una idea que una ciudad, tiene el don de la ubicuidad. Los parisienses tienen a París, y el mundo la tiene. Por más que se quiera salir de ella no se puede; París es respirable. Quienquiera que viva, incluso sin conocerla, la lleva dentro.

¿Dónde tal París para estos desterrados que vagan por las llanuras de África, muriendo de hambre y de sed, sin esperanza y frente a la opulencia, como un *okie* de Steinbeck, *homo viator* inmerso en una espantosa distopía?

Exiliados de todo lo que nuestro civilizado y próspero mundo ofrece y retiene para unos cuantos que no lo compartirán jamás.

Exiliados de futuro los niños que sufren toda suerte de violencias.

Exiliados de sí mismos los ajenos a su propia mente.

Exiliados de voluntad los millones que por cualquier esclavitud viven ferozmente desgarrados.

Exiliados de Dios, silencio incomprensible.

Exiliados de la esperanza los pragmatismos, a los cuales

el desaliento robó la capacidad de mirarse desde las estrellas.

Exiliados de la armonía, rota la esfera primaria, la burbuja, los hijos y los padres.

Exiliado del perdón el posmodemo Narciso.

Los exilios, vestiduras del mal.

Mauricio López Noriega

PS. Agradezco sinceramente a Mariana Taladrid por su amable apoyo en la traducción y a Álvaro Uribe por sus invaluables precisiones; asimismo, al doctor Raúl Figueroa Esquer por su gentil revisión de las notas. Utilicé el texto que aparece en *Actes et Paroles. Pendant l'Exil (1852-1870)*, París, Nelson Éditeurs, s/a, así como el que ofrece la dirección electrónica consultada por vez primera el 22 de octubre de 2006: ***http://fr.wikisource.org/wiki/Ce_que__c%27est_que_l%27exil.***

NOTAS

[1]*Caesar in hoc potuit iuris habere nihil,* Ov., *Tr.*, III, 7, 48. *[regresar]*

[2]Charles Baudelaire, “Réflections sur quelques-uns de mes contemporains”, en *(Euvres completes*, t.II, Pichois/Gallimard, Bibliothéque de la Pléiade, 1976, p. 130 (citado por Pascal Durand, *L'art d'étre Hugo,* Arles, Actes Sud, 2005, p. 110). *[regresar]*

[3] *Quocumque aspicio, nihil est, nisi pontus et aër,* Ov., *Tr.*, I, 2, 23. *[regresar]*

EL EXILIO

I

El derecho encarnado es el ciudadano; el derecho coronado es el legislador. Las antiguas repúblicas representaban al derecho sentado sobre la silla curul, sosteniendo en la mano ese cetro, la ley, y vestido de aquella púrpura, la autoridad. Era cierta esa imagen, y hoy no es otro el ideal. Toda sociedad normal debe tener en su cima al derecho, sagrado y armado: sagrado por la justicia, armado de la libertad.

En lo antes dicho, la palabra fuerza no ha sido pronunciada. La fuerza existe, sin embargo; pero no existe fuera del derecho; existe en el derecho.

Quien dice derecho, dice fuerza.

¿Qué hay fuera del derecho?

La violencia

No hay más que una necesidad: la verdad. Por ello, no hay más que una fuerza, el derecho. El éxito fuera de la verdad y del derecho es una apariencia. La corta vista de los tiranos se equivoca; una emboscada triunfante les produce el efecto de una victoria, pero esta victoria está llena de ceniza; el criminal cree que su crimen es su cómplice: error, su crimen es su verdugo; el asesino se corta con su cuchillo, siempre; siempre la traición traiciona al traidor, los delincuentes, sin que lo sospechen, están agarrados del

cuello por su crimen, espectro invisible. Una mala acción jamás nos abandona; y fatalmente, por un itinerario inexorable que desemboca en las cloacas sangrientas de la gloria y en los fangosos abismos del odio, sin remisión para los culpables, los 18 de brumario conducen a los grandes a Waterloo y los 2 de diciembre arrastran a los pequeños a Sedan.[1]

Cuando despojan y descoronan al derecho, los hombres de violencia y los traidores de Estado no saben lo que hacen.

II

El exilio es la desnudez del derecho. Nada más terrible. ¿Para quién? ¿Para aquel que sufre el exilio? No, para aquel que lo inflige. El suplicio se vuelve y muerde al verdugo.

Un soñador que se pasea solo sobre la arena, un desierto en tomo de un meditabundo; una cabeza vieja y tranquila en torno de la cual giran las aves de la tempestad, atónitas; la asiduidad de un filósofo al alba tranquilizadora de la mañana; Dios tomado por testigo, de tiempo en tiempo, en presencia de peñascos y de árboles; una caña que no solamente piensa, sino medita; cabellos que de negros se tornan grises y de grises se vuelven blancos en la soledad; un hombre que siente, cada vez más, que se convierte en una sombra; el largo pasar de los años sobre aquel que está ausente, pero que no está muerto; la pesadumbre de este desheredado, la nostalgia de este inocente: nada más

redituable para los malhechores coronados.

Hagan lo que hagan los momentáneos todopoderosos, el fondo eterno se les resiste. Ellos no tienen más que la superficie de la certeza; el fondo pertenece a los pensadores. Se exilia a un hombre. Sea. ¿Y después? Se puede arrancar un árbol de raíz: no se arrancará el día del cielo. Mañana, la aurora.

Sin embargo, hagamos justicia a los proscriptores; son lógicos, perfectos, abominables. Hacen todo lo que pueden para aniquilar al proscrito.

¿Alcanzan su meta? ¿Lo consiguen? Sin duda.

Un hombre tan arruinado que nada le queda salvo su honor; tan despojado que nada le resta salvo su conciencia; tan aislado que no tiene a su lado sino la equidad; tan arrojado a las tinieblas que nada le queda salvo el sol: ¡he aquí lo que es un proscrito!

III

El exilio no es una cosa material, es una cosa moral. Todos los rincones de la tierra resultan lo mismo. *Angulus ridet.*[2] Todo lugar de ensueño es bueno con tal de que el rincón sea oscuro y el horizonte vasto.

En particular, el archipiélago de La Mancha es atractivo; no le cuesta trabajo asemejarse a la patria, siendo Francia. Jersey y Guernesey son trozos de la Galia, cortados por el mar durante el siglo VIII.[3] Jersey ha tenido más coquetería

que Guernesey; ha ganado el ser más bonita y menos bella. En Jersey el bosque se ha hecho jardín; en Guernesey el peñón se ha mantenido colosal. Más gracia aquí, mayor majestad allá. En Jersey se está en Normandía, en Guernesey se está en Bretaña. Un ramo grande como la ciudad de Londres, Jersey. Todo es perfume, rayo, sonrisa, lo cual no impide las visitas de la tempestad. Quien escribe estas páginas en alguna parte calificó a Jersey como “un idilio en pleno mar”. En los tiempos paganos, Jersey fue más romana y Guernesey más céltica; se siente en Jersey a Júpiter, a Tutatis en Guernesey. En Guernesey la ferocidad ha desaparecido, pero permaneció lo silvestre. En Guernesey lo que antaño fue druídico ahora es hugonote; no es ya Moloch sino Calvino; la iglesia es fría, el paisaje es mojigato, la religión tiene mal talante; en suma, dos islas encantadoras: una amable, arisca la otra.

Un día, la reina de Inglaterra -más que reina de Inglaterra, la duquesa de Normandía-, venerable y sagrada seis días de siete, visitó Guernesey, con salvas, humo, jaleo y ceremonia. Era domingo, el único día de la semana que no le pertenecía. La reina, convertida bruscamente en “esta mujer”, violaba el reposo del Señor. Descendió al muelle en medio de la muda muchedumbre. Ninguna frente se descubrió. Sólo un hombre la saludó: el proscrito que aquí habla.

No saludaba a una reina, sino a una mujer.

La devota isla fue hosca. Este puritanismo tiene su grandeza.

Guernesey está hecha para no dejar al proscrito más que buenos recuerdos; pero el exilio existe más allá del lugar de exilio. Desde el punto de vista interior, se puede decir: no hay exilio bello.

El exilio es el país severo; allá todo está derribado, inhabitable, demolido y yaciente; salvo el deber, único en pie que, como campanario de iglesia de una ciudad derrumbada, parece más alto que todo lo caído a su alrededor.

El exilio es un lugar de castigo.

¿De quién?

Del tirano.

Pero el tirano se defiende.

IV

Usted, que está proscrito, espere todo. Se os arroja lejos, pero no se os suelta. El proscriptor es curioso y su mirada se multiplica sobre usted. Os hace visitas variadas e ingeniosas. Un respetable pastor protestante se asienta en vuestra residencia: este protestantismo cobra en la caja Tronsin-Dumersan; un príncipe extranjero que chapurrea se presenta: es Vidocq[4] que viene a veros; ¿es un verdadero príncipe? Sí, es de sangre real, y también de la policía; un profesor, gravemente doctrinario, se introduce en vuestra casa; usted lo sorprende leyendo vuestros papeles. Todo está

permitido en vuestra contra; usted está fuera de la ley, es decir, fuera de la equidad, fuera de la razón, fuera del respeto, fuera de la verosimilitud; se dirán autorizados por usted a publicar vuestras conversaciones, y pondrán esmero en que éstas sean estúpidas; se os atribuirán palabras que usted nunca ha dicho, cartas que usted nunca ha escrito, acciones que nunca ha realizado. Se os acercarán para escoger mejor el lugar en el cual se os apuñalará; el exilio es una claraboya; se os mira como desde un foso para las bestias; está usted aislado, acechado.

No escriba a sus amigos de Francia: está permitido abrir vuestras cartas; el Tribunal Supremo consiente; desconfíe usted de vuestras relaciones de proscrito, desembocan en cosas oscuras; este hombre que os sonríe en Jersey os destroza en París; aquel que os saluda con su nombre os insulta bajo seudónimo; aquel otro, justo en Jersey, escribe contra los hombres del exilio páginas dignas de ser ofrecidas a los hombres del imperio, y a las que hace justicia, por lo demás, al dedicarlas a los banqueros Pereire.[5] Todo esto es muy simple, sépalo. Usted está en cuarentena. Si alguien honesto viene a veros es una desgracia para él: la frontera lo espera y ahí está el emperador, bajo la forma de un gendarme. Se desnudará a las mujeres para buscar en ellas algún libro vuestro y, si se resisten, si se indignan, se les dirá: “¡esto no es por vuestra piel!”

El amo, que es el traidor, os rodea de lo que le parezca mejor. El proscriptor dispone de la calidad de proscrito;

adorna a sus agentes; ninguna seguridad. ¡Esté en guardia! Usted le habla a un rostro y una máscara lo escucha; vuestro exilio está atormentado por un espectro: el espía.

Un desconocido, muy misterioso, viene a hablaros bajo al oído; os declara que, si usted lo quiere, él se encarga de asesinar al emperador: es Bonaparte que os ofrece matar a Bonaparte. En vuestros banquetes de fraternidad, alguien desde un rincón gritará: "¡Viva Marat! ¡Viva Hébert![6] ¡Viva la guillotina!" Con un poco de atención usted reconocerá la voz de Carlier.[7] En ocasiones el espía mendiga; el emperador os demanda la limosna para su Piétri;[8] usted da, él ríe; alegría de verdugo. Usted paga las deudas de albergue de este exiliado, es un agente; paga el viaje de este fugitivo, es un esbirro; cruza usted la calle y escucha decir: "¡He aquí al verdadero tirano!" Es de usted de quien hablan; usted se vuelve, ¿quién es este hombre? Se os responde: es un proscrito. Para nada. Es un funcionario. Es feroz y está pagado. Es un republicano que firma *Maupas.*[9] Un fulano cualquiera disfrazado de *Scaevola.*[10]

En cuanto a los inventos, en cuanto a las imposturas, en cuanto a las infamias, acéptelos. Son los proyectiles del imperio.

Sobre todo, no reclame. Se reirán. Después de la reclamación, la injuria recomenzará, la misma, sin siquiera tomarse la molestia de variar; ¿para qué cambiar de baba? La de ayer es buena.

El ultraje continuará sin aflojar, todos los días, con la tranquilidad infatigable y la conciencia satisfecha de la rueda que gira y de la venalidad que miente. Nada de represalias; la injuria con su bajeza se defiende; la vileza salva al insecto. Aplastar el cero es imposible. Y la calumnia, segura de la impunidad, se prodiga con el corazón gozoso; desciende hasta tan necias indignidades que rebajarse a desmentirla sobrepasa el asco de soportarla.

Los insultadores tienen por público a los imbéciles. ¡Qué risa!

Es asombroso que usted no encuentre completamente natural el ser calumniado. ¿No está usted ahí para eso? ¡Ingenuo, usted es el blanco! Tal personaje está en la Academia por haberos insultado; tal otro tiene la cruz por el mismo acto de bravura, el emperador lo ha condecorado sobre el campo de honor de la calumnia; tal otro, que se ha distinguido también por sus afrentas resplandecientes, es nombrado prefecto. Vuestro ultraje es lucrativo. Es necesario que la gente viva. ¡Vaya! ¿Por qué está usted exiliado?

Sea razonable. Usted se equivocó. ¿Qué os forzaba a encontrar malo el golpe de Estado? ¿Qué idea tuvo de combatir por el derecho? ¿Qué capricho os ha pasado por la cabeza para rebelaros del lado de la ley? ¿Se toma la defensa del derecho y de la ley cuando nadie lucha por ellos? ¡He aquí, por completo, a los demagogos! Entercarse, perseverar, persistir, es absurdo. Un hombre apuñala al derecho y

asesina a la ley. Es probable que tenga sus razones. Únase a ese hombre. El éxito lo hace justo. Únase al éxito porque el éxito se vuelve derecho. Todo el mundo os estará agradecido. Nosotros haremos vuestro elogio. En vez de estar proscrito será senador y no tendrá usted cara de idiota.

¿Osa usted dudar del buen juicio de este hombre? ¡Pero si usted bien puede ver que ha triunfado! ¡Usted bien puede ver que los jueces que lo habían acusado le prestan juramento! ¡Usted bien puede ver que los sacerdotes, los soldados, los obispos, los generales, están con él! ¡Usted cree tener más virtud que todos ellos! ¡Usted quiere resistir a todo eso! ¡Vamos, hombre! ¡De un lado, todo aquello que es respetado, todo aquello que es respetable, todo aquello que es venerado, todo aquello que es venerable; del otro, usted! Es inepto; y nosotros nos mofamos de usted, y hacemos bien. Mentir contra un bruto está permitido. Todas las personas honestas están contra usted; y nosotros, los calumniadores, estamos con las personas honestas. Veamos, reflexione, vuelva en usted mismo. Era necesario salvar a la sociedad. ¿De quién? De usted. ¿De qué no la amenazaba usted? ¡Basta de guerra, basta de cadalso, abolición de la pena de muerte, enseñanza gratuita y obligatoria, que todo el mundo sepa leer! Era horrible. ¡Cuántas utopías abominables! La mujer de menor convertida en mayor; esta mitad del género humano admitida al sufragio universal; el matrimonio liberado por el divorcio; el niño pobre instruido como el niño rico; la igualdad como resultado de la

educación; el impuesto disminuido de entrada y suprimido a la postre por la destrucción de los parasitismos, por el alquiler de los edificios nacionales, por el albañal transformado en abono, por la repartición de los bienes comunes, por el desbrozamiento de los barbechos, por la explotación de la plusvalía social; la vida barata por el repoblamiento de los ríos; no más clases, no más fronteras, no más ligaduras, la República de Europa, la unidad monetaria continental, la circulación decuplicada decuplicando la riqueza. ¡Qué locuras! ¡Era necesario preservarse de todo eso! ¡Vamos! Se alcanzará la paz entre los hombres, no habrá más ejército, no habrá más servicio militar. ¡Vamos! Francia será cultivada de manera que pueda mantener a doscientos cincuenta millones de hombres; no habrá más impuestos; Francia vivirá de sus rentas. ¡Vamos! La mujer votará, el niño tendrá derechos frente a su padre, la madre de familia no será ya ni sometida ni sirvienta, el marido no tendrá ya el derecho de matar a su mujer. ¡Vamos! El sacerdote no será ya el maestro. ¡Vamos! No habrá más batallas, no habrá más soldados, no habrá más verdugos, no habrá más horcas ni guillotinas. ¡Resulta espantoso! ¡Era necesario salvarnos! ¡El presidente lo ha hecho, viva el Emperador! -Usted le resiste; nosotros os despedazamos; escribimos sobre usted cualquier cosa. Sabemos bien que lo que decimos no es verdad, mas nosotros protegemos a la sociedad, y la calumnia que protege a la sociedad es de utilidad pública. Porque la

magistratura está con el golpe de Estado, la justicia lo está también; porque el clero está con el golpe de Estado, la religión lo está también; la religión y la justicia son símbolos inmaculados y santos; la calumnia que les resulta útil participa del honor que se les debe; es una mujer pública, sea, pero sirve a vírgenes. Respétela.

Así razonan los insultadores.

Lo mejor que el proscrito puede hacer es pensar en otra cosa.

V

Puesto que se encuentra a la orilla del mar, que la aproveche. Que esta movilidad bajo el infinito le proporcione sabiduría. Que medite sobre el tumbo eterno de las olas contra la ribera y de las imposturas contra la verdad. Las diatribas son vanamente convulsivas. Que contemple a la ola romper sobre la roca y se pregunte qué gana esta saliva y qué pierde este granito.

No, ninguna revuelta contra la injuria, ningún gasto emocional, ninguna represalia: mantenga usted una severa tranquilidad. La roca escurre pero no se mueve. En ocasiones brilla por el escurrimiento. La calumnia termina por ser lustre. Por una cinta de plata sobre la rosa se reconoce que la oruga ha pasado.

El escupitajo en la frente de Cristo: ¡qué hay más bello!

Un sacerdote, un tal Ségur, ha llamado cobarde a

Garibaldi.[11] Y, en vena metafórica, ha añadido: "como la luna". -¡Garibaldi cobarde como la luna! Eso complace al pensamiento. De ello se derivan consecuencias. Aquiles es flojo, por tanto Tersites es valeroso;[12] Voltaire es estúpido, por tanto Ségur es profundo.

Que el proscrito haga su deber y que deje a la diatriba hacer su tarea.

Que el proscrito acosado, traicionado, abucheado, hostigado, mordido, se calle.

Es grande el silencio.

Tanto querer apagar la injuria es atizarla. Todo aquello que se le arroja a la calumnia la vuelve combustible. Emplea, para su oficio, su propia vergüenza. Contradecirla es satisfacerla. En el fondo, la calumnia estima profundamente al calumniado. Es ella quien sufre; ella muere por dentro. Aspira al honor de un mentís. No se lo conceda. Ser abofeteada probaría que se la percibe. La calumnia mostraría su mejilla ardiente diciendo: ¡Luego, existo!

VI

Por lo demás, ¿por qué y de qué se quejarían los proscritos? Mire la historia toda. Los grandes hombres han sido mucho más insultados que ellos.

El ultraje es un viejo hábito humano; lanzar piedras complace a las manos holgazanas; ¡ay de todo aquel que rebase la altura! Las cumbres tienen la propiedad de hacer

venir de lo alto el rayo y de lo bajo la lapidación. Es casi su culpa; ¿para qué son cumbres? Atraen la mirada y la afrenta. Este transeúnte, el envidioso, no está jamás ausente de la calle y tiene como función el odio; siempre se le encuentra, pequeño y furioso, a la sombra de los altos edificios.

Vastos estudios deberían hacer los especialistas para investigar las causas del insomnio de los grandes hombres. Homero duerme, *bonus dormitat;*[13] dicho sueño es picado por Zoilo.[14] Esquilo siente sobre su piel el escozor de Eupolis y de Cratino;[15] los infinitamente pequeños abundan: Virgilio tiene sobre sí a Moevio;[16] Horacio, a Lucilio;[17] Juvenal, a Codro;[18] Dante a Cecchi;[19] Shakespeare a Green;[20] Rotrou a Scudéry,[21] y Corneille a la Academia; Molière a Donneau de Visé;[22] Montesquieu a Desfontaines;[23] Buffon a Labeaumelle;[24] Jean-Jacques a Palissot;[25] Diderot a Nonotte;[26] Voltaire a Fréron.[27] La gloria: lecho dorado en el cual hay chinches.

El exilio no es la gloria, pero tiene con la gloria una semejanza, los parásitos. La adversidad no es cosa que dejen en paz. Ver el sueño del justo desterrado desagrada a los colectores de migajas, bajo las mesas de Nerón o de Tiberio. ¡Cómo! ¿Duerme? ¡Entonces está feliz! ¡Mordámoslo!

Un hombre fulminado, yaciente, barrido (es tan simple: cuando Vitelio es ídolo, Juvenal es basura),.[28] un expulsado, un desheredado, un vencido… se está celoso de él. Cosa extraña: los proscritos tienen envidiosos. ¿Se comprendería que las altas virtudes envidiaran a los grandes infortunios;

que Catón envidiara a Régulo,[29] Traseas a Bruto,[30] Rabbe a Barbès?[31] Para nada. Son los viles quienes se afanan por estar celosos de los altivos; lo inoportuno para la fiera protesta del vencido es la nulidad llana y vana. Gustave Planche celoso de Louis Blanc,[32] Baculard celoso de Milton,[33] y Jocrisse celoso de Esquilo.[34]

El insultador antiguo no seguía sino al carro del vencedor; el actual sigue el enrejado del vencido. El vencido sangra. Los insultadores añaden su barro a esta sangre. Sea. Que tengan tal alegría.

Esa alegría parece tanto más real cuanto que el amo no la odia en absoluto y, habitualmente, está recompensada. Los fondos secretos fomentan los ultrajes públicos. Los déspotas, en su guerra contra los proscritos, tienen dos auxiliares: en primer lugar, la envidia; en segundo, la corrupción.

Cuando se dice lo que es el exilio, es necesario entrar un poco en detalles. El señalamiento de ciertos roedores específicos forma parte del tema, y hemos tenido que penetrar en esta entomología.

VII

Tales son los aspectos pequeños del exilio; aquí los grandes:

Soñar, pensar, sufrir.

Estar solo y sentir que se está con todos; execrar el éxito del mal, pero compadecer la felicidad del malvado; afirmarse como ciudadano y purificarse como filósofo; ser pobre y

reparar la ruina con el trabajo; meditar y premeditar, meditar el bien y premeditar lo mejor; no tener otra cólera que la cólera pública; ignorar el odio personal; respirar el vasto aire vivo de las soledades; absorberse en la gran ensoñación absoluta; mirar lo que está en lo alto sin perder de vista lo que abajo queda; jamás forzar la contemplación del ideal hasta olvidar al tirano; comprobar en sí la magnífica mezcla de la indignación que se acrecienta y del sosiego que aumenta; tener dos almas: el alma propia y la Patria.

Cosa dulce es la piedad por anticipado; tener la clemencia lista para el culpable cuando esté derribado y arrodillado; decirse que no se rechazarán jamás unas manos juntas. Se siente un gozo augusto al hacer a los vencidos del porvenir, sean quienes fueren, y a los fugitivos desconocidos, una promesa de hospitalidad. La cólera se desarma frente al enemigo aplastado. Quien escribe estas líneas ha acostumbrado a sus compañeros de exilio a escucharlo decir: “Si un día, la mañana siguiente de una revolución, Bonaparte en fuga toca a mi puerta y me solicita asilo, ni un solo pelo caerá de su cabeza”.

Estas meditaciones, complicadas por todos los desencadenamientos de la adversidad, complacen a la conciencia del proscrito. No le impiden cumplir con su deber. Lejos de ello, más bien lo alientan. Sé tanto más severo hoy, cuanto más compasivo serás mañana; fulmina al poderoso en espera de socorrer al suplicante. Más tarde no

restringirás tu amnistía salvo por una condición: el arrepentimiento. Hoy te las ves feliz con el crimen. Golpea.

Ahondar el precipicio al enemigo vencedor, preparar el asilo al enemigo vencido, combatir con la esperanza de poder perdonar, he aquí el gran esfuerzo y el gran sueño del exilio. A esto añádase la devoción por el sufrimiento universal. El proscrito tiene el magnánimo contentamiento de no resultar inútil. Él mismo herido, él mismo sangrante, se olvida y cura lo mejor que puede la llaga humana. Se cree que tiene sueños; no, busca la realidad. Digamos más: la encuentra. Vagabundea por el desierto y sueña con ciudades, con tumultos, con hormigueos, con la miseria, con todos los que trabajan, con el pensamiento, con el arado, con la aguja, con los dedos rojos de la obrera sin fuego en la buhardilla, con el mal que brota allí donde no se ha sembrado el bien, con el desempleo del padre, con la ignorancia del niño, con el crecimiento de las malas hierbas en los cerebros que se han dejado incultos, con las calles en la tarde, con las pálidas lámparas, con las ofertas que el hambre puede hacer a los paseantes, con los extremos sociales, con la triste muchacha que se prostituye -hombres- por nuestra culpa. Pensamientos dolorosos y útiles. Incúbese el problema, la solución nacerá. Sueña sin descanso. Sus pasos a lo largo del mar no se perderán. Fraterniza con este poder el abismo. Mira el infinito, escucha lo ignorado. La gran voz oscura le habla. Toda la naturaleza en tropel se ofrece a este solitario. Las severas analogías le enseñan y lo aconsejan. Fatal,

perseguido, pensativo, tiene delante de sí los nubarrones, los soplos, las águilas; comprueba que su destino es tonante y negro como los nubarrones, que sus perseguidores son vanos como los soplos y que su alma es libre como las águilas.

Un exiliado es un benevolente. Ama las rosas, los nidos, el vaivén de las mariposas. En verano se abre a la dulce alegría de los seres; tiene una fe inquebrantable en la bondad secreta e infinita, siendo pueril al punto de creer en Dios; hace de la primavera su casa; los entrelazamientos de las ramas, llenos de encantadores antros verdes, son la morada de su espíritu; vive en abril, habita en floreal; mira los jardines y las praderas, emoción profunda; acecha los misterios de una mata de hierbas; estudia las repúblicas de las hormigas y las abejas; compara las diversas melodías que luchan en la oreja de un Virgilio invisible en la geórgica del bosque; a menudo se enternece hasta las lágrimas porque la naturaleza es bella; lo huraño de los matorrales lo atrae, y sale de ellos dulcemente estupefacto; las actitudes de los peñascos lo ocupan; mira, a través de sus ensueños, a las pequeñitas de tres años correr sobre la arena, sus pies desnudos en la mar, sus faldas arremangadas con las dos manos, mostrando a la fecundidad inmensa su vientre inocente; en invierno, desmenuza pan sobre la nieve para los pájaros. De vez en cuando le escriben: Sepa usted que tal pena ha sido abolida; sepa usted que tal cabeza no será cortada. Y él levanta las manos al cielo.

VIII

Contra el hombre peligroso los gobiernos comparten la mano dura. Se ponen de acuerdo entre ellos, recíprocamente, en la persecución de los proscritos, las reclusiones, las expulsiones, en ocasiones las extradiciones. ¡Sí, las extradiciones! Así sucedió en Jersey, en 1855. Los exiliados pudieron ver, el 18 de octubre, amarrado en el muelle de Saint-Hélier, un navío de la marina real británica, el *Ariel,* que los venía a buscar; Victoria -de Inglaterra- ofrecía los proscritos a Napoleón; de un trono al otro se hacen tales cortesías.

El regalo no tuvo lugar. La prensa monárquica inglesa aplaudía; pero el pueblo de Londres lo tomó mal. Se puso a gruñir. Ese pueblo está hecho así: su gobierno puede ser perro de aguas; él es un dogo. El dogo es un león dentro de un perro; la majestad dentro de la probidad es el pueblo inglés.

Ese pueblo, fiero y bueno, muestra los dientes; Palmerston y Bonaparte debieron contentarse con la expulsión. Los proscritos se conmovieron medianamente. Recibieron con una sonrisa la notificación oficial, un tanto farfullada. Sea, dijeron los proscritos. *Expioulcheune.*[35] Esta pronunciación los satisfizo.

En esa época, si los gobiernos estaban de acuerdo con el proscriptor, se sentía una gran complicidad entre pueblos y proscritos. Esta solidaridad, de la cual emanará el porvenir,

se manifestaba bajo todas las formas y se encontrarán sus huellas en cada una de las páginas de este libro. Estallaba con motivo de cualquier transeúnte, de un hombre aislado, de un viajero reconocido en algún camino; hechos imperceptibles, sin duda, y de poca importancia, pero significativos. Y he aquí uno que amerita, tal vez, que se lo recuerde.

IX

En el verano de 1867 Luis Bonaparte había alcanzado el máximo de gloria posible por un crimen. Estaba en la cima de su montaña, pues se llega a lo alto de la vergüenza; nada le representaba obstáculo alguno; era infame y supremo; ninguna victoria más completa, ya que parecía haber vencido las conciencias. Majestades y altezas, todo estaba a sus pies o entre sus brazos; Windsor, el Kremlin, Schönbrun y Postdam se daban cita en las Tullerías; lo tenía todo: la gloria política, el señor Rouher; la gloria militar, el señor Bazaine; y la gloria literaria, el señor Nisard; era aceptado por los grandes genios, tales como los señores Vieillard y Mérimée;[36] el 2 de diciembre tuvo para él la duración de los quince años de Tácito, *grande mortalis oevi spatium;*[37] el imperio estaba en pleno triunfo y, en pleno mediodía, se desplegaba. Se hacía burla de Homero en los teatros y de Shakespeare en la Academia. Los profesores de historia afirmaban que Leónidas y Guillermo Tell no habían existido

jamás; todo estaba en armonía; nada desentonaba y había concierto entre la banalidad de las ideas y la sumisión de los hombres; la bajeza de las doctrinas era igual a la soberbia de los personajes; el envilecimiento hacía ley; había una suerte de Anglo-Francia, mitad de Bonaparte y de Victoria, compuesta de libertad según Palmerston y de imperio según Troplong; más que una alianza, casi un beso. El gran juez de Inglaterra dictaba sentencias complacientes; el gobierno británico se declaraba servidor del gobierno imperial, y, como se acaba de ver, le probaba su subordinación mediante expulsiones, procesos, amenazas de deportación y de pequeñas persecuciones, formato inglés. Esta Anglo-Francia proscribía a Francia y humillaba a Inglaterra, mas reinaba; Francia esclava, Inglaterra doméstica, tal era la situación. En cuanto al porvenir, estaba enmascarado. Pero el presente era el del oprobio a rostro descubierto y, por confesión de todos, magnífico. En París, la Exposición Universal resplandecía y deslumbraba a Europa; había allí maravillas; entre otras, sobre un pedestal, el cañón Krupp, y el emperador de los franceses felicitaba al rey de Prusia.

Era el gran momento próspero.

Los proscritos jamás habían sido peor vistos. En ciertos periódicos ingleses se les llamaba “los rebeldes”.

En ese mismo verano, un día del mes de julio, un pasajero hacía la travesía de Guernesey a Southampton. Ese pasajero era uno de esos “rebeldes” de los cuales acabamos

de hablar. Era representante del pueblo en 1851 y había sido exiliado el 2 de diciembre. Ese pasajero, de quien es inútil decir aquí el nombre puesto que no es sino el pretexto del hecho que vamos a contar, se embarcó la mañana misma, en Saint-Pierre-Port, en el barco-correo *Normandy*.

La travesía de Guernesey a Southampton dura siete u ocho horas.

Era la época en que el jedive,[38] después de saludar a Napoleón, iba a saludar a Victoria y, ese mismo día, la reina de Inglaterra ofrecía al virrey de Egipto el espectáculo de la flota inglesa en la rada de Sheerness, vecina a la de Southampton.

El pasajero de quien acabamos de hablar tenía los cabellos blancos, era silencioso y estaba atento a la mar. Se encontraba de pie, cerca del timonel.

El *Normandy* había salido de Guernesey a las diez de la mañana; eran alrededor de las tres de la tarde; se aproximaba a las Needles, que marcan el extremo sur de la isla de Wight; se percibía aquella alta arquitectura salvaje de la mar y las colosales crestas de tiza que surgen del océano como los campanarios de una prodigiosa catedral hundida; se iba a entrar en la ribera de Southampton; el timonel comenzaba a maniobrar a babor.

El pasajero miraba la aproximación de Las Agujas cuando de golpe percibió que lo llamaban por su nombre; se volvió: tenía delante al capitán del navío.

Este capitán era aproximadamente de su misma edad; se llamaba Harvey; tenía espaldas robustas, espesas patillas blancas, el rostro tostado y altivo, el ojo alegre.

-¿Es verdad, señor, dijo él, que usted desea ver la flota inglesa?

El pasajero no había expresado ese deseo, pero había escuchado a su alrededor manifestar a las mujeres dicho deseo de manera muy viva.

Se limitó a responder:

-Pero capitán, no es vuestro itinerario.

El capitán repuso:

-Ése será mi itinerario si usted lo desea.

El pasajero hizo un gesto de sorpresa.

-¿Cambiar vuestra ruta?

-Sí.

-¿Para agradarme?

-Sí.

-¡Un buque francés no haría eso por mí!

-Lo que un buque francés no haría por usted, dijo el capitán, un buque inglés lo hará.

Y repuso:

—Sólo que, por la responsabilidad ante mis jefes, escriba en mi libro vuestra voluntad.

Y presentó su bitácora al pasajero, que escribió bajo su dictado: “Deseo ver la flota inglesa”, y firmó.

Un momento después, el vapor torció a estribor, dejando a la izquierda Las Agujas y la ribera de Southampton, y entró en la rada de Sheerness.

El espectáculo era bello en efecto. Todas las baterías mezclaban sus fumarolas y sus salvas; las siluetas de grandes navíos acorazados se escalonaban unas detrás de otras entre una bruma rojiza, vasto enredo de arboladuras que aparecían y desaparecían; el *Normandy* pasaba en medio de esas altas sombras, saludado por hurras; ese transcurso entre la flota inglesa duró más de dos horas.

Hacia las siete, cuando el *Normandy* arribó a Southampton, estaba empavesado.

Uno de los amigos del capitán Harvey, el señor Rascol, director del *Courrier de l'Europe,* lo esperaba en el puerto; se asombró por el navío empavesado.

-¿Por qué habéis empavesado, capitán? ¿Por el jedive?

El capitán respondió:

-Por el proscrito.

Por el proscrito. Tradúzcase: *Por Francia.*

No habríamos narrado este hecho si no derivara una grandeza singular del fin del capitán Harvey.

He aquí dicho fin.

Tres años después de este pasar revista en Sheerness, muy poco tiempo después de haber dado a su pasajero de julio de 1867 un escrito de los marineros de La Mancha, en la noche del 17 de marzo de 1870 el capitán Harvey hacía su

trayecto habitual de Southampton a Guernesey. Una bruma cubría la mar. El capitán Harvey estaba de pie, en el puente de mando del vapor, y maniobraba con precaución a causa de la noche y de la niebla. Los pasajeros dormían.

El *Normandy* era un navío muy grande, el más bello quizá de los barcos-correo de La Mancha: seiscientas toneladas, doscientos veinte pies ingleses de largo, veinticinco de ancho; era “joven”, como dicen los marineros, no tenía siete años. Había sido construido en 1863.

La niebla se espesaba, se había salido déla ribera de Southampton, estaba en plena mar, aproximadamente a quince millas de Las Agujas. El barco avanzaba lentamente. Eran las cuatro de la mañana.

La oscuridad era absoluta, una suerte de techo bajo envolvía al vapor, apenas se distinguía la punta del mástil.

Nada tan terrible como esos navíos ciegos que van por la noche.

De golpe, de entre la bruma surgió una negrura, fantasma y montaña, un promontorio de sombra que corría sobre la espuma y horadaba las tinieblas. Era el *Mary,* gran vapor de hélice, proveniente de Odessa y en dirección a Grimsby, con un cargamento de quinientas toneladas de trigo; rapidez enorme, peso inmenso. El *Mary* corría directo contra el *Normandy.*

Ningún modo de evitar la colisión; tan rápido se presentan esos espectros de navíos en la niebla. Son

encuentros sin aproximación. Apenas se los acaba de ver, uno está muerto.

El *Mary,* lanzado a todo vapor, tomó al *Normandy* de través y lo destripó.

Por el choque, él mismo, averiado, se detuvo.

En el *Normandy* iban veintiocho hombres de tripulación, una mujer de servicio, la camarera y treinta y un pasajeros, délos cuales doce eran mujeres.

La sacudida fue tremenda. En un instante todos habían huido hacia el puente, semidesnudos, corriendo, gritando, llorando, hombres, mujeres, niños. El agua entraba, furiosa. La caldera de la máquina, alcanzada por la ola, agonizaba.

El navío no tenía mamparos estancos; faltaban los cinturones salvavidas.

El capitán Harvey, erguido sobre el puente de mando, gritó:

-¡Silencio todos y atención! Las lanchas a la mar. Las mujeres a bordo, los pasajeros enseguida. La tripulación después. Hay sesenta personas por salvar.

Eran sesenta y uno; pero se olvidaba de sí.

Se desamarran las embarcaciones. Todos se precipitan. Esa prisa podía hacer zozobrar las lanchas. Ockleford, el teniente de navío, y los tres contramaestres, Goodwin, Bennet y West, contienen al gentío loco de horror. Dormir y de golpe e inmediatamente morir, es horroroso.

Sin embargo, por debajo de los gritos y del ruido, se

escuchaba la voz grave del capitán, y este breve diálogo se intercambiaba en las tinieblas:

-¿Mecánico de a bordo Locks?

-¿Capitán?

-¿Cómo está la caldera?

-Anegada.

-¿El fuego?

-Apagado.

-¿La máquina?

-Muerta.

El capitán gritó:

-¿Teniente de navío Ockleford?

El teniente respondió:

-Presente.

El capitán repuso:

-¿Cuántos minutos tenemos?

-Veinte.

-Es suficiente, dice el capitán. Que cada uno se embarque en su turno. Teniente Ockleford, ¿tiene sus pistolas?

-Sí, capitán.

-Levante la tapa de los sesos a todo hombre que quiera pasar antes de una mujer.

Todos enmudecieron. Nadie se resistió. La muchedumbre sentía por encima de ella esa gran alma.

El *Mary,* por su parte, había botado sus embarcaciones a la mar y venía al rescate del naufragio que había provocado.

El salvamento se realizó con orden y casi sin lucha. Había, como siempre, tristes egoísmos; hubo, también, patéticas abnegaciones. [39]

Harvey, impasible en su puesto de capitán, comandaba, dominaba, dirigía, se ocupaba de todo y de todos, gobernaba con calma esta angustia y parecía dar órdenes a la catástrofe. Se diría que el naufragio lo obedecía.

En un momento dado, gritó:

-Salven a Clément.

Clément era el grumete. Un niño.

El navío descendía lentamente en el agua profunda

Se apresuraba lo más posible el vaivén de las embarcaciones entre el *Normandy* y el *Mary.*

-¡Dense prisa!, gritaba el capitán.

En el vigésimo minuto el vapor zozobró.

La proa se sumergió primero; enseguida la popa.

El capitán Harvey, de pie sobre el puente de mando, sin hacer gesto alguno, sin decir una palabra, entró inmóvil en el abismo. Se veía, a través de la bruma siniestra, aquella estatua negra hundirse en la mar.

Así terminó el capitán Harvey.

Que reciba aquí el adiós del proscrito.

Ningún marinero de La Mancha lo igualaba. Después de

haberse impuesto toda su vida el deber de ser hombre, al morir hizo uso del derecho de ser héroe.

X

¿El proscrito odia al proscriptor? No. Lo combate; es todo. ¿A ultranza? Sí. Siempre como enemigo público, jamás como enemigo personal. La cólera del hombre honesto no va más allá de lo necesario. El proscrito execra al tirano e ignora a la persona del proscriptor. Si la conoce, no la ataca salvo en la proporción del deber.

Si es preciso, el proscrito hace justicia al proscriptor; si el proscriptor, por ejemplo, es en cierta medida escritor y tiene una literatura suficiente, el proscrito lo acepta y gustosamente. Es incontestable, dicho sea de paso, que Napoleón III pudo haber sido un académico decoroso; la Academia bajo el imperio, por cortesía sin duda, había rebajado suficientemente su nivel para que el emperador pudiese formar parte de ella; el emperador pudo haberse creído allí entre sus pares literarios, y su majestad no habría deslucido a la de los cuarenta.

Durante la época en que se anunció la candidatura del emperador a una silla vacante, un académico conocido nuestro, queriendo hacer justicia a la vez al historiador de César y al hombre de diciembre, redactó por adelantado su boletín de voto de la siguiente manera: *Voto por la admisión del señor Luis Bonaparte a la Academia y a la cárcel.*

Se puede ver que el proscrito hace todas las concesiones posibles.

No es absoluto salvo desde el punto de vista de los principios. Allí su inflexibilidad comienza Allí deja de ser lo que en la jerga política se denomina “un hombre práctico”. De ahí su resignación a todo: a la violencia, a las injurias, a la ruina, al exilio. ¿Qué quiere usted que haga? Tiene en la boca la verdad que, si es preciso, hablará a pesar suyo.

Hablar por ella y para ella, he ahí su altiva felicidad.

La verdad tiene dos nombres: los filósofos la llaman ideal; los hombres de Estado la llaman quimera.

¿Tienen los hombres de Estado la razón? No lo pensamos así.

A juzgar por lo que dicen, todos los consejos que pueda dar un proscrito son “quimeras”.

Admitamos, dicen, que esos consejos tienen en su favor la verdad; tienen la realidad en contra suya.

Examinémoslo.

El proscrito es un hombre quimérico. Sea. Es un vidente ciego; vidente del lado del absoluto, ciego del lado de lo relativo. Hace buena filosofía y mala política. Si se le escucha, se irá a los abismos. Sus consejos son consejos de honestidad y de perdición. Los principios le dan la razón pero los hechos se la quitan.

Veamos los hechos.

John Brown[40] fue vencido en Harper’s Ferry. Los

hombres de Estado dicen: cuélguenlo. El proscrito dice: respétenlo. Cuelgan a John Brown; la Unión se disloca, la guerra del Sur estalla John Brown salvado era América salvada.

Desde el punto de vista de los hechos, ¿quién tuvo razón, los hombres prácticos o el hombre quimérico?

Segundo hecho. Maximiliano es prendido en Querétaro. Los hombres prácticos dicen: fusílenlo. El hombre quimérico dice: indúltenlo. Fusilan a Maximiliano. Eso basta para empequeñecer una cosa inmensa. La heroica lucha de México pierde su lustre supremo: la altiva clemencia. [41] Maximiliano indultado era México inviolable en lo sucesivo; era esa nación, que había logrado su independencia con la guerra, logrando con la civilización su soberanía; era, sobre la frente de ese pueblo, después del casco, la corona.

Esta vez, también, el hombre quimérico veía certeramente.

Tercer hecho. Isabel es destronada. ¿Qué va a ser de España? ¿República o monarquía? ¡Que sea monarquía!, dicen los hombres de Estado. ¡Que sea república!, dice el proscrito. El hombre quimérico no es escuchado, los hombres prácticos se imponen; España se vuelve monarquía Cae de Isabel a Amadeo, y de Amadeo a Alfonso, esperando a Carlos; [42] esto no incumbe sino a España Pero he aquí lo que el mundo mira: esa monarquía en busca de un monarca

da pretexto a los Hohenzollern; [43] de ahí la emboscada de Prusia, de ahí el atascamiento de Francia, de ahí Sedan, de ahí la vergüenza y la noche.

Supóngase a España república: ningún pretexto para una celada, ningún Hohenzollern posible, ninguna catástrofe.

Por tanto, el consejo del proscrito era sabio.

¡Por azar se descubrirá algún día esa cosa extraña, que la verdad no es imbécil, que el espíritu de compasión y de liberación es bueno, que el hombre fuerte es el hombre de derecho, y que es la razón quien tiene razón!

Hoy, en medio de calamidades, después de la guerra extranjera, después de la guerra civil, en presencia de las responsabilidades en que incurrieron ambos lados, el proscrito de entonces sueña con los proscritos de hoy, examina los exilios; él quiso salvar a John Brown, él quiso salvar a Maximiliano, él quiso salvar a Francia; dicho pasado le aclara el porvenir: él quisiera cerrar la herida de la Patria y demanda la amnistía.

¿Es un ciego? ¿Es un vidente?

XI

En diciembre de 1851, cuando aquel que escribe estas líneas llegó al extranjero, al principio la vida tuvo cierta dureza. En el exilio, sobre todo, se hace sentir la *res angusta Domi.* [44]

Este esbozo sumario de *El exilio* no estaría completo si la

parte material de la existencia del proscrito no fuera indicada de paso y, además, con la conveniente sobriedad.

De todo lo que este exiliado había poseído, le quedaban siete mil quinientos francos de renta anual. Su teatro, que le aportaba seiscientos mil francos por año, había sido suprimido. La apresurada venta en subasta de su mobiliario había producido un poco menos de trece mil francos. Tema nueve personas que mantener.

Tenía que proveer a sus desplazamientos, a sus viajes, a las nuevas mudanzas, a los movimientos de un grupo del cual él era el centro, a todo lo inesperado de una existencia en adelante arrancada de la tierra y moldeable a todos los vientos; un proscrito es un desarraigado. Debía conservar la dignidad de la vida y obrar de tal suerte que alrededor de él nadie sufriese.

De ahí la necesidad inmediata de trabajo.

Digamos que la primera residencia de exilio, Marine-Terrace, fue rentada al muy moderado precio de mil quinientos francos por año.

El mercado francés estaba cerrado a sus publicaciones.

Sus primeros editores belgas imprimieron todos sus libros sin rendirle cuenta alguna; entre otros, los dos volúmenes de las *Œuvres oratoires. Napoléon-le-Petit* fue la única excepción. En cuanto a los *Châtiments*, costaron al autor dos mil quinientos francos. Esta suma, confiada al editor Samuel, jamás fue rembolsada. El producto total de

todas las ediciones de *Châtiments* estuvo confiscado durante dieciocho años por los editores extranjeros.

Los periódicos monárquicos ingleses hicieron sonar muy alto la hospitalidad inglesa mezclada, recuerde, con asaltos nocturnos y expulsiones, y por lo demás, con la hospitalidad belga. Lo que la hospitalidad inglesa tenía de completa era su ternura por los libros de los exiliados. Reimprimía sus libros y los publicaba y los vendía con la más cordial de las diligencias, en beneficio de los editores ingleses. La hospitalidad por el libro llegaba hasta olvidar al autor. La ley inglesa, que forma parte de la hospitalidad británica, permite este género de olvido. El deber de un libro es dejar morir de hambre al autor, como atestigua Chatterton, y enriquecer al editor. Los *Châtiments*, en particular, fueron vendidos y se venden todavía y siempre en Inglaterra en beneficio único del librero Jeffs. El teatro inglés no fue menos hospitalario para las piezas francesas que la librería inglesa para los libros franceses. Ningún derecho de autor fue pagado jamás por *Ruy Blas,* montada más de doscientas veces en Inglaterra.

No sin razón, como se ve, la prensa monárquico-bonapartista de Londres reprocha a los proscritos abusar de la hospitalidad inglesa.

Dicha prensa frecuentemente ha llamado a aquel que escribe estas líneas *avaro.*

También lo llamaba “borracho”, *abandoned drinker.*

Estos detalles forman parte del exilio.

XII

Este exiliado no se queja de nada. Ha trabajado. Ha reconstruido su vida por él y por los suyos. Todo está bien.

¿Tiene mérito ser proscrito? No. Esto equivale a preguntar: ¿tiene mérito ser un hombre honesto? Un proscrito es un hombre honesto que persiste en la honestidad. Es todo.

Existe cierta época en que esta persistencia es rara. Sea. Esta rareza quita algo a la época pero nada añade al hombre honesto.

La honestidad, como la virginidad, existe fuera del elogio. Usted es puro porque usted es puro. El armiño no tiene ningún mérito por ser blanco.

Un representante proscrito por el pueblo hace un acto de probidad. Ha prometido, cumple su promesa. La cumple incluso más allá de la promesa misma, como debe hacer todo hombre escrupuloso. En ello el mandato imperativo es inútil; el mandato imperativo comete el error de introducir una palabra degradante en una cosa noble, que es la aceptación del deber; por otro lado, omite lo esencial, que es el sacrificio; el sacrificio, cuyo cumplimiento es necesario y su imposición imposible. El compromiso recíproco, la mano del elegido en la mano del elector, el mandante y el mandatario se dan su palabra mutuamente, el mandatario de defender al

mandante, el mandante de sostener al mandatario; dos derechos y dos fuerzas mezcladas, tal es la verdad. Así, el representante debe hacer su deber y el pueblo el suyo. Es la deuda de la conciencia pagada por ambas partes. ¿Pero qué, sacrificarse hasta el exilio? Sin duda. Entonces, es hermoso; no, es simple. Todo lo que se pueda decir del representante proscrito es que no se ha equivocado en la cualidad de la cosa prometida. Un mandato es un contrato. No existe gloria alguna en no vender con pesos falsos.

El representante, hombre honesto, ejecuta el contrato. Debe ir, y va, hasta el límite del honor y de la conciencia. Allí encuentra el precipicio. Sea. Y cae. Perfectamente.

¿Y muere? No, vive.

XIII

Resumamos.

Este género de existencia, el exilio, tiene -según hemos visto- cierta variedad de aspectos.

Ésta es la vida -agitada si se mira la suerte; tranquila si se mira el alma- que ha vivido, de 1851 a 1870, del 2 de diciembre al 4 de septiembre, el ausente que hoy rinde cuentas de su ausencia a su país con la publicación de este libro. [45] Su ausencia ha durado diecinueve años y nueve meses. ¿Qué ha hecho durante esos largos años? Ha intentado no ser inútil. La única cosa bella de esta ausencia es que a él, miserable, las miserias han venido a encontrarlo;

los naufragios han pedido socorro a este náufrago. No solamente los individuos, también los pueblos; no solamente los pueblos, también las conciencias; no solamente las conciencias, también las verdades. Le ha sido dado tender la mano desde lo alto de su escollo al ideal caído en la sima; le parecía por momentos que el porvenir en peligro procuraba llegar hasta su roca. ¿Qué era él, sin embargo? Poca cosa. Un esfuerzo viviente. En presencia de todas las fuerzas malignas, conjuradas y triunfantes, ¿qué es una voluntad? Nada, si representa el egoísmo; todo, si representa el derecho.

La más inexpugnable de las posiciones resulta del más profundo de los derrumbamientos; basta que el hombre derrumbado sea un hombre justo. Insistamos: si este hombre tiene razón, es bueno que sea abrumado, arruinado, expoliado, expatriado, escarnecido, insultado, repudiado, calumniado y que resuma en él todas las formas de la derrota y de la debilidad; entonces es todopoderoso. Es indomable puesto que lleva en sí la rectitud; es invencible puesto que tiene de su lado la realidad. ¡Qué fuerza aquélla: no ser nada! No tener nada más que a sí mismo, no tener nada más consigo, es la mejor condición de combate. Esta ausencia de armadura prueba lo invulnerable. Ninguna situación más alta que ésta: ser derribado por la justicia. Delante del emperador se yergue el proscrito. El emperador sentencia; el proscrito condena. Uno dispone de códigos y de jueces; el otro dispone de verdades. Sí, es bueno ser

derribado. La caída de lo que ha sido la prosperidad hace la autoridad de un hombre; vuestro poder y vuestra riqueza son con frecuencia vuestro obstáculo; cuando esto os abandone, usted estará desembarazado y se sentirá libre y señor; nada os molestará en adelante; al quitároslo todo, se os ha dado todo; todo está permitido a quien está prohibido todo; ya no está usted forzado a ser académico y parlamentario; tiene usted la temible soltura de lo verdadero, salvajemente magnífico. El poder del proscrito se compone de dos elementos; uno, la injusticia de su suerte; el otro, la justicia de su causa. Estas dos fuerzas contradictorias se apoyan una en la otra; situación formidable que se puede resumir en dos palabras:

Fuera de la ley, dentro del derecho.

El tirano que os ataca encuentra como primer adversario a su propia iniquidad, es decir, así mismo, y como segundo adversario a vuestra conciencia, es decir, a Dios.

Combate desigual, ciertamente. Derrota segura del tirano. Siga usted adelante, justiciero.

Tales son las realidades que, en las primeras páginas de este ensayo, hemos intentado expresar en esta línea:

El exilio es la desnudez del derecho.

XIV

Por ello, quien esto ha escrito, ha estado durante estos diecinueve años contento y triste; contento de sí mismo,

triste por otros; contento por sentirse honesto, triste por el crimen de extensión indefinida que, de alma en alma, ganaba la conciencia pública y terminó por llamarse “la satisfacción de los intereses”. Estaba indignado y abrumado por el malestar nacional que se denominó “la prosperidad del imperio”. Las alegrías de la orgía son miserables. Una prosperidad que es la doradura de un crimen miente e incuba una calamidad. El huevo del 2 de diciembre es Sedan.

Éstos eran los dolores del proscrito, dolores llenos de deberes. Él presentía el porvenir y denunciaba, en el aturdimiento de las fiestas, la aproximación de catástrofes. Escuchaba los pasos de los acontecimientos a los cuales son sordos los dichosos. Las catástrofes llegaron, cargadas de la doble fuerza del impulso que provenía de Bonaparte y de Bismarck, de una emboscada castigando a la otra. En suma, el imperio ha caído y Francia se volverá a levantar. Diez mil millones y dos provincias son nuestro rescate. [46] Es caro y tenemos derecho al rembolso. Mientras tanto, estemos tranquilos; el imperio minado es el honor acrecentado. La situación actual es buena. Más vale Francia mutilada por una vía de hecho que menguada por un deshonor. Es la diferencia entre una llaga y un virus. Se sana de la llaga; se muere de la peste. Francia estuvo agonizante por el imperio. Bebida la vergüenza, Francia estaba muerta. Hoy la vergüenza se ha vomitado, Francia vivirá. El pueblo no tiene nada en él que no sea sano y robusto, ahora que el 18 de brumario y el 2 de diciembre han vuelto a ser escupidos.

En la soledad en que meditaba acerca del porvenir, las preocupaciones del exiliado eran severas, pero serenas; sus desesperanzas estaban mezcladas con esperanzas. Tenía, se ha visto ya, la melancolía del malestar público y, al mismo tiempo, la altiva alegría de sentirse proscrito. El exilio era para este hombre una alegría porque era una fuerza. Una bula dijo de Lutero, excomulgado pero indómito: *Stat coram pontifice sicut Satanas coram Jehovah.* [47] La comparación es justa y el proscrito que aquí habla lo reconoce. Sobre el silencio hecho en Francia; sobre la tribuna aplastada; sobre la prensa amordazada, el proscrito, libre como el Satán de lo verdadero delante del Jehová de lo falso, podía tomar la palabra y la tomaba. Defendía el sufragio universal contra el plebiscito, al pueblo contra la muchedumbre, la gloria contra la barbarie, la justicia contra el juez, la antorcha contra la hoguera, y a Dios contra el sacerdote. De ahí el largo grito que llena este libro. De todas partes -acabamos de decirlo y se verá en este libro- las angustias se dirigían a él, sabiendo que no recularía frente a ningún deber. Los oprimidos vieron en él al acusador público del crimen universal. Es suficiente, para aceptar esta misión, ser un alma y, para cumplir esta función, ser una voz. Un alma proba y una voz libre: él lo ha sido. Escuchaba los llamados en el horizonte, y desde el fondo de su aislamiento, respondió. Es lo que se va a leer. Todas las persecuciones de los amos se desencadenaron sobre él, y tuvo, y todavía tiene sobre su nombre, una inexpresable condensación de odio; ¿pero qué

produce eso, y qué importa? No por ello dejó de tener la altiva felicidad de haber sido proscrito veinte años y de resistir, solitario entre las multitudes, desarmado entre todas las legiones, soñador entre todos los asesinos, desterrado por todos los déspotas, átomo entre todos los colosos, sin tener nada salvo esta sola fuerza, un rayo de luz.

Esta luz era, lo hemos dicho, el derecho, el eterno derecho.

Gracias a Dios. Durante todo el tiempo que hizo falta a una frente de cuarenta años para volverse una frente de sesenta, vivió esa vida altiva. Fue el expulsado, el acosado, el cazado. Fue abandonado por todos y no abandonó a nadie. Conoció la excelencia del desierto; en el desierto se encuentra el eco. Ahí se escucha el clamor de los pueblos. Mientras que los opresores trabajaban en el mal bajo la fijeza de su mirada, él procuró trabajar por el bien. Permitió a todos los tiranos manipular todos los rayos sobre su cabeza, sin tener, él, otra preocupación que la calamidad pública. Habitó un escollo, soñó, meditó, reflexionó, tranquilo bajo una nube de cólera y de amenazas; y se declara satisfecho; ¿pues, de qué se podría quejar cuando veinte años ha tenido cerca de sí y consigo a la justicia, a la razón, a la conciencia, a la verdad, al derecho y a la mar de resonancias inmensas?

Y bajo toda esta sombra ha sido amado. No sólo ha estado el odio sobre él; un amor sombrío irradiaba hasta su

soledad; ha sentido el profundo calor del pueblo dulce y triste; a su lado se ha llevado a cabo la obertura de los colores; agradece la inmensa alma humana. Ha sido amado de lejos y de cerca. Ha tenido a su alrededor intrépidos compañeros de prueba, obstinados en el deber, pertinaces en lo justo y verdadero, combatientes indignados y sonrientes: el ilustre Vacquerie, el admirable Paul Meurice, el estoico Schoelcher, y Ribeyrolles, y Dulac, y Kesler, hombres valientes; y tú, mi Charles, y tú, mi Victor...[48] -Me detengo. Dejadme recordar.

XV

Sin embargo, no terminará estas páginas sin decir que, durante esta larga noche hecha por el exilio, no ha perdido de vista a París un solo instante.

Lo comprueba, y él, que ha sido tanto tiempo el habitante de la oscuridad, tiene derecho a comprobarlo; incluso ante el ensombrecimiento de Europa, incluso en el ocultamiento de Francia, París no se eclipsa. Esto demuestra que París es la frontera del porvenir.

Frontera visible de lo desconocido. Toda la cantidad del Mañana que puede ser entrevista desde el Hoy. Eso es París.

Quien busca los ojos del progreso percibe a París.

Existen ciudades negras; París es la ciudad de la luz.

El filósofo la distingue en lo profundo de sus sueños.

XVI

Ver vivir esta ciudad, asistir a esta grandeza, es para el espíritu una emoción punzante. Ningún lugar es más vasto; ninguna perspectiva es más inquietante ni más sublime. Aquellos que, por los azares de la vida, han cambiado la visión de París por la visión del océano no experimentan, al mudar de espectáculo, ninguna elevación del infinito. Por lo demás, pasar del horizonte de los hombres al horizonte de las cosas no borra nada. Ese sueño anterior, al cual se aferra la memoria, flota como la nube, pero es más tenaz. El espacio no hace con él lo que quiere. El viento en marcha día y noche, los cuatro huracanes que se alternan para siempre, los cierzos, las borrascas, las ráfagas, no se llevan la silueta de dos torres gemelas, y no dispersan el arco del triunfo, el campanario gótico a rebato y la alta columnata dispuesta en torno al domo soberano; y, detrás de las últimas lejanías del abismo, por encima de la conmoción de las espumas y de los navíos, en mitad de los relámpagos, de las nubes y de los soplos, se esboza en el fondo de las brumas el inmenso fantasma de la ciudad inmóvil. Augusta aparición en el destierro. París, siendo más una idea que una ciudad, tiene el don de la ubicuidad. Los parisienses tienen a París, y el mundo la tiene. Por más que se quiera salir de ella no se puede; París es respirable. Quienquiera que viva, incluso sin conocerla, la lleva dentro. Con mucho mayor razón aquellos que la han conocido. La distracción salvaje del océano se

complica por este recuerdo, igual a las tempestades. Por cada tormenta que enfrenta la mar, París tiene 93. [49] La evocación se hace por sí misma; los tejados parecen surgir de entre las olas, la ciudad se recompone a partir de todo este oleaje y añade este estremecimiento infinito. En el tropel de las marejadas se cree escuchar el zumbido del hormigueo en las calles. Encanto feroz. Se mira la mar y se ve a París. La gran paz que comportan estos espacios no contraría este ensueño. Los vastos olvidos que os circundan no importan; el pensamiento llega a la calma, pero a una calma que admite esta turbación; la espesa envoltura de las tinieblas deja pasar el fulgor que proviene de atrás del horizonte, y que es París. Se la piensa, por tanto se la posee. Se mezcla, indistinta, con los silencios mudos de la meditación. El sublime sosiego del cielo estrellado no basta para disolver del fondo de un espíritu esa gran imagen de la ciudad suprema. Esos monumentos, esa historia, ese pueblo que trabaja, esas mujeres que son diosas, esos niños que son héroes, esas revoluciones que comienzan por la cólera y terminan con una obra maestra, esa omnipotencia sagrada del torbellino de inteligencias, esos ejemplos tumultuosos, esa vida, esa juventud. Todo eso está presente en lo ausente, y París perdura inolvidable, y París permanece imborrable e insumergible, incluso para el hombre abismado en la sombra, que pasa sus noches en contemplación delante de la serenidad eterna y que tiene en el alma el estupor profundo de las estrellas.

Noviembre de 1875.

CARTAS

I

Hombres de Puebla:[50]

Tenéis razón al creerme con vosotros.

No es Francia quien os hace la guerra, es el imperio. Ciertamente estoy con vosotros. Estamos en pie contra el imperio: vosotros de vuestro lado, yo del mío; vosotros en vuestra patria, yo en el exilio.

Combatid, luchad, sed terribles y, si creéis que mi nombre os sirve de algo, utilizadlo. Apuntad a la cabeza de ese hombre y que la libertad sea el proyectil.

Existen dos banderas tricolores, la bandera tricolor de la república y la bandera tricolor del imperio; no es la primera la que se levanta contra ustedes, es la segunda.

Sobre la primera se lee:

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Sobre la segunda se lee: *Tolón. 18 de brumario. - 2 de diciembre. Tolón.*[51]

Escucho el grito que vosotros me lanzáis; me gustaría introducirme entre nuestros soldados y vosotros, pero ¿quién soy yo? Una sombra. ¡Ay! Nuestros soldados no son culpables de esta guerra; la sufren como vosotros la sufrís y están condenados al horror de llevarla a cabo, detestándola.

La ley de la Historia es condenar a los generales y absolver a los ejércitos. Los ejércitos son glorias ciegas; son fuerzas a las que se despoja de la conciencia; la opresión de los pueblos que un ejército cumple comienza por su propia esclavitud; esos invasores están encadenados; el primer esclavo que hace un soldado es él mismo. Después de un 18 de brumario o de un 2 de diciembre un ejército no es más que el espectro de una nación.

Hombres valientes de México, resistid.

La república está con vosotros y deposita sobre vuestras cabezas tanto la bandera de Francia, en la que está el arco iris, como la bandera de América, en la que están las estrellas.[52]

Esperad. Vuestra heroica resistencia se apoya en el derecho y tiene de su lado esta gran certeza: la justicia.

El atentado contra la República mexicana continúa el atentado contra la República francesa Una emboscada completa la otra. El imperio fracasará, espero, en su tentativa infame y vosotros triunfaréis. Pero, de cualquier manera, seáis vencedores o vencidos, nuestra Francia seguirá siendo vuestra hermana, hermana de vuestra gloria como de vuestra desgracia y, en cuanto a mí, ya que habéis apelado a mi nombre, os lo repito, estoy con vosotros, y os entrego, vencedores, mi fraternidad de ciudadano; vencidos, mi fraternidad de proscrito.

Victor Hugo

II

Al Presidente de la República mexicana:

Juárez, vos habéis igualado a John Brown.

La América actual tiene dos héroes, John Brown y vos. John Brown, por quien ha muerto la esclavitud; vos, por quien ha vencido la libertad.

México se ha salvado por un principio y por un hombre. El principio es la República; el hombre sois vos.

En definitiva, la suerte de todos los atentados monárquicos es acabar en el aborto. Toda usurpación comienza por Puebla y termina en Querétaro.

Europa, en 1863, se arrojó sobre América. Dos monarquías atacaron vuestra democracia; una con un príncipe, con un ejército la otra; el ejército llevaba al príncipe. Así, el mundo ha visto este espectáculo: de un lado, un ejército, el más aguerrido de los ejércitos de Europa, que tiene como punto de apoyo una armada tan poderosa en el mar como él en la tierra; que cuenta para avituallarse con todas las finanzas de Francia; reclutado sin cesar; bien comandado; victorioso en África, en Crimea, en Italia, en China; valientemente fanático de su bandera; poseedor, en abundancia, de caballos, artillería, provisiones, municiones formidables. Del otro lado, Juárez.

De un lado, dos imperios; del otro, un hombre.

Un hombre con un puñado de otros. Un hombre perseguido de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de selva en selva; en la mira de la infame descarga de fusilería de los consejos de guerra; acosado, errante, expulsado hacía las cavernas como una bestia feroz, orillado al desierto, con precio puesto por su cabeza. Por generales, algunos desesperados; por soldados, algunos andrajosos. Sin dinero, sin pan, sin pólvora, sin cañones. Con los matorrales por ciudadela. Aquí, la usurpación llamada legítima; allá, el derecho llamado bandido. La usurpación, con el casco sobre la cabeza y la espada imperial en la mano, saludada por los obispos, precedida y seguida por todas las legiones de su fuerza. El derecho, solo y desnudo. Vos, el derecho, habéis aceptado el combate.

La batalla de Uno contra Todos ha durado cinco años. A falta de hombres vos habéis tomado por proyectiles las cosas. El clima, terrible, os ha socorrido; habéis tenido por auxiliar a vuestro sol. Habéis tenido por defensores a los lagos infranqueables, los torrentes llenos de caimanes, las marismas llenas de fiebre, la vegetación mórbida, el vómito prieto de las tierras calientes, las soledades de sal, las vastas arenas sin agua y sin hierba donde los caballos mueren de sed y de hambre, la gran planicie severa del Anáhuac que se protege con su desnudez como Castilla, los llanos con abismos, siempre agitados por los temblores de los volcanes, desde el de Colima hasta el Nevado de Toluca; vos habéis llamado en vuestra ayuda a vuestras barreras naturales, la

aspereza de las cordilleras, los altos diques basálticos, los colosales peñones de pórfido. Habéis librado una guerra de gigantes combatiendo a golpes de montañas.

Y un día, después de cinco años de humo, de polvo y de enceguecimiento, la nube se ha disipado y se han visto los dos imperios por tierra: no más monarquía, no más ejército, nada salvo la enormidad de la usurpación en ruinas y, sobre este derrumbamiento, un hombre en pie, Juárez, y al lado de este hombre, la libertad.

Vos habéis logrado esto, Juárez, y es grande. Lo que os queda por hacer es más grande aún.

Escuchad, ciudadano presidente de la República mexicana.

Acabáis de derribar a las monarquías con la democracia. Vos les habéis mostrado el poder de ésta; ahora, mostradles su belleza. Después del rayo mostrad la aurora. Al cesarismo que masacra mostrad la República que permite vivir. A las monarquías que usurpan y exterminan mostrad el pueblo que reina y se modera. A los bárbaros mostrad la civilización. A los déspotas mostrad los principios.

Dad a los reyes, frente al pueblo, la humillación del deslumbramiento.

Acabadlos con la piedad.

Los principios se afirman, sobre todo, por la protección de nuestros enemigos. La grandeza de los principios reside en ignorar. Los hombres no tienen nombre delante de los

principios; los hombres son el Hombre. Los principios nada conocen salvo a sí mismos. En su estupidez augusta nada saben sino esto: *la vida humana es inviolable.*

¡Oh, venerable imparcialidad de la verdad!

¡El derecho sin discernimiento, ocupado solamente en ser el derecho, qué belleza!

Frente a los que legalmente merecerían morir importa abjurar de esta vía de hecho. La más bella destrucción del patíbulo se hace delante del culpable.

Que el violador de los principios sea salvado por un principio. ¡Que tenga esa felicidad y esa vergüenza! Que el persecutor del derecho sea abrigado por el derecho. Al despojarlo de su falsa inviolabilidad -la inviolabilidad real- dejáis al desnudo la verdad, la inviolabilidad humana. Que quede estupefacto al ver que la razón por la cual es sagrado es la misma por la cual ya no es emperador. Que ese príncipe, que no se sabe hombre, aprenda que hay en él una miseria, ser príncipe, y una majestad, ser hombre.

Tan magnífica ocasión no se ha presentado jamás.

¿Se osará golpear a Berezowski[53] en presencia de Maximiliano sano y salvo? Uno quiso asesinar a un rey, el otro quiso asesinar a una nación.

Juárez, haced que la civilización dé este paso inmenso. Juárez, abolid sobre toda la tierra la pena de muerte.

Que el mundo vea este prodigio: la República tiene en su poder a su asesino, un emperador; a punto de destruirlo, cae

en la cuenta de que es un hombre; lo suelta y le dice: ¡eres del pueblo como los demás! ¡Vete!

Ésa será, Juárez, vuestra segunda victoria. La primera, vencer a la usurpación, es extraordinaria; la segunda, perdonar al usurpador, será sublime.

Sí, a esos reyes cuyas prisiones rebosan, cuyos patíbulos están oxidados por la sangre de los muertos; a esos reyes de las horcas, de los exilios, de las cárceles y de las Siberias; a aquellos que tienen a Polonia, a aquellos que tienen a Irlanda, a aquellos que tienen a La Habana, a aquellos que tienen a Creta; a esos príncipes obedecidos por los jueces, a esos jueces obedecidos por los verdugos, a esos verdugos obedecidos por la muerte, a esos emperadores que con tal facilidad hacen cortar la cabeza de un hombre: ¡mostrad cómo se perdona la cabeza de un emperador!

Por encima de todos los códigos monárquicos, de los que caen gotas de sangre, abrid la ley de la luz y que, en medio de la más santa de las páginas del libro supremo, se vea el dedo de la República señalar el mandamiento de Dios: *¡No matarás!*

Estas dos palabras contienen al deber.

Vos cumpliréis el deber.

El usurpador será salvado; el liberador, ¡ay!, no pudo serlo. Hace ya ocho años, el 2 de diciembre de 1859, tomé la palabra en nombre de la democracia y pedí a Estados Unidos la vida de John Brown. No la obtuve. Hoy solicito a México

la vida de Maximiliano. ¿La obtendré?

Sí. Y tal vez a esta hora ya está hecho.

Maximiliano deberá su vida a Juárez.

¿Y el castigo?, se preguntará.

He aquí el castigo:

Maximiliano vivirá “por gracia de la República”.

Hauteville-House, 20 de junio de 1867.

NOTAS

[1] El 18 de brumario, del calendario republicano francés, corresponde al 9 de noviembre de 1799. A su regreso de la expedición de Egipto, Napoleón, mediante argucias, da un golpe de Estado al Directorio que gobernaba en Francia desde 1795 y se hace del poder. Waterloo, la gran derrota del corso, ocurrió el 18 de junio de 1815. El 2 de diciembre de 1851, día en que Luis Napoleón Bonaparte da el golpe de Estado, no se refiere al del año 1804, día en el que Pío VII corona a Napoleón en París, ni al de 1805, cuando las tropas francesas de Napoleón vencen a las aliadas de Austria y Rusia en la célebre batalla de Austerlitz. En Sedan, el 1 de septiembre de 1870, fue la derrota y captura de Napoleón III por los ejércitos de Prusia, comandados por el mariscal de campo Helmut von Moltke y el canciller Otto von Bismarck. *[regresar]*

[2] “El rincón que me sonríe”, Hor., *Carm.,* II, 6,13. Horacio se refiere a Tarento, un lugar escondido que le devuelve la felicidad. *[regresar]*

[3] Islas anglonormandas, o islas del Canal; se sitúan al oeste de la península de Cotentin, Normandía. Las principales son Jersey y Guernesey; las otras, Aurigny, Sercq, Jéthou, Herm, Brecqhou y Lihou. Desde 1204 pertenecen a la corona británica. *[regresar]*

[4] Eugène François Vidocq (1775-1857) fue un criminal

francés quien luego se convirtió en policía; fue el primer director de la Sûreté Nationale y uno de los fundadores de la investigación criminal moderna. Lo más probable es que haya inspirado a Hugo los personajes de Jean Valjean y del inspector Javert en *Los miserables.* Seguramente Hugo ironiza con el término ‘‘príncipe” (del crimen). *[regresar]*

[5] Jacob Émile e Isaac Pereire, banqueros y empresarios judíos de ascendencia portuguesa. Juntos fundaron el Crédit Mobilier en 1852. Para facilitar su ascenso social se convirtieron al cristianismo, aunque siempre mantuvieron lazos con la comunidad judía internacional. La bancarrota del Crédit Mobilier provocó su caída social y contribuyó al desprestigio de los judíos en Francia, lo que culminaría con el “affaire Dreyfus” en 1894-1895. El primero, además, fue constructor de ferrocarriles y entusiasta de las ideas de Saint- Simon. Escribió bastante sobre cuestiones económicas, teóricas y prácticas. Sus escritos fueron reunidos bajo el título *Œuvres de Jacob Émile Péreire* por Laurent de Villedeuil, en cuatro volúmenes (1912-1920). *[regresar]*

[6] Jacques René Hébert (1757-1794) político, revolucionario y editor del periódico radical *Le Père Duchesne*; sus seguidores eran conocidos como hebertistas. En 1791 ingresó al Club de los cordeleros; dos años después fue nombrado sustituto del procurador de la Comuna de París. Poco a poco se convirtió en uno de los jefes de la Revolución; de ideología

anticlerical, antinobiliaria y antimonárquica, logró el respaldo de los sectores más radicales. Tiempo después pasó a ser el jefe de la facción de los *montagnards* (miembros del ala izquierda extremista del partido conocido como "La Montaña"). Tras la muerte de Jean-Paul Marat, su ideología tiende a radicalizarse cada vez más; en septiembre de 1793, los *sans-culottes* invaden la Convención y le imponen la aplicación del Terror, lo que representó un éxito personal para Hébert, quien llegó a tildar de conservador a Robespierre, de quien se distanció cuando éste decretó la libertad de culto por sobre el ateísmo. Fue arrestado el 14 de marzo de 1794, condenado a morir en la guillotina y ejecutado 10 días más tarde en París. *[regresar]*

[7] Pierre Carlier (1799-1858), político y prefecto de la policía de París durante las revoluciones de 1830 y 1848; fue nombrado prefecto en 1849 y luego sustituido, precisamente, por Maupas. Aparece como cómplice de *un barón voleur* (Napoleón III) en "Nox" (Les *châtiments).* No se debe confundir con Modeste Carlier, pintor, a quien el mismo Napoleón hizo encargos diversos. *[regresar]*

[8] También prefecto de la policía de París. *[regresar]*

[9] Maupas, prefecto de la policía de París bajo la segunda República y el segundo imperio; participó en el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851. Victor Hugo se refiere a él en su poema "Ils ont voté!" (*Châtiments*, III, 4,1853): "Ce droit, sachez-le bien, chiens du berger Maupas, /Et la France

et le peuple eux-mêmes ne l'ont pas". *[regresar]*

[10] *Coco*, sinónimo despreciativo de individuo, "un cualquiera disfrazado de héroe". Gaius Mucius, romano legendario, casi mítico, quien intentó asesinar al rey etrusco Porsena, que sitió Roma, pero sólo consiguió matar a su secretario; cuando lo llevan ante el rey pone su mano izquierda en el fuego como prueba de resistencia a la tortura. Ante dicho gesto, el rey perdona al joven; al volver a la ciudad, se le da el sobrenombre de *Scaevola,* "mano izquierda por la pérdida de la diestra (*cfr.* Liv., 2.12.1-13.5). *[regresar]*

[11] En efecto, dicho obispo llama así a Garibaldi. Existe una carta fechada el 17 de diciembre de 1872, en la que Victor Hugo cita las palabras del clérigo, tanto contra él como contra el italiano ("Musa: un tal Ségur, obispo, me es hostil", insertada hasta 1898 en su *Correspondance,* t. III). En dicha misiva, el obispo afirma que *Los miserables* es un libro *infame;* Hugo le pregunta si hubiera sido mejor, para que el libro no fuera calificado como tal, que el obispo (Charles-François-Bienvenu Myriel, obispo de Digne) que aparece en la novela, en vez de ser "bueno, sincero, humilde, fraternal, que aúne a la fuerza de espíritu la dulzura, y que sume a su beatitud todas las virtudes" fuese "impostor, lleno de odio, insultador, escritor vulgar grosero, un idiota venenoso, un vil escriba de la más baja ralea, un vendedor ambulante de calumnias para la policía, un mentiroso con báculo y mitra". Y añade al final: "¿El segundo obispo sería más verdadero

que el primero? Esta cuestión os atañe, señor. Usted conoce de obispos más que yo”. *[regresar]*

[12] La referencia es obligada; Tersites, “el hombre más feo que llegó a Troya a quien odiaban Aquiles y Odiseo, desafortunadamente cae en la trampa de Agamenón, quien propone a los griegos regresar a sus casas para probar la lealtad de los combatientes. Tersites increpa al atrida, lo acusa de devorar el botín y anima a sus compañeros a dejarlo ahí y regresar a sus ciudades. Por supuesto, Odiseo aprovecha para insultarlo y golpearlo. Es el único soldado raso que toma la palabra en el poema, por su discurso pasará a la posteridad como símbolo de cobardía y debilidad (*cfr. Il.*, II, 211-277). *[regresar]*

[13] Referencia a Horacio: “Aliquando bonus dormitat Homerus” (*Ars, 3*59), es decir, en ocasiones hasta el buen Homero dormita. Hay quien argumenta que en el canto XV de la *Odisea* Homero pierde el espíritu épico y que de allí podría proceder el verso horaciano. *[regresar]*

[14] Zoilo de Antípolis fue crítico del padre de los poetas; por atreverse a censurar al segundo sol del mundo griego, Ptolomeo, indignado, lo condena a la pena de crucifixión; evidentemente, hay opiniones encontradas: algunos sostienen que en realidad habría muerto lapidado; quemado, según otros. En definitiva, quedó como paradigma del crítico envidioso sin verdadera razón. Aristarco, por ejemplo, no era mejor que él y ha pasado a la historia como gran

filólogo, aunque haya alterado versos enteros de los poemas homéricos. Para Hugo, Zoilo encarnaba al crítico incapaz de apreciar lo bello y de admirar la obra de otros (*cfr. Wüliam Shakespeare* y *Dieu éclaboussé par Zoïle);* así se refería a Gustave Planche y, luego a Saint-Beure ("Saint-Bave"). *[regresar]*

[15] Cratino, célebre poeta cómico y satírico, predecesor de Aristófanes, se le considera el creador del drama político-satírico; atacó duramente a Pericles, particularmente en su comedia *Némesis.* Éupolis, miembro de la generación de poetas de la comedia política a partir de la muerte de Pericles, accede a la escena; junto con él, Frínico, Mírtilo y el propio Aristófanes, de quien fuera el mayor rival. Ataques directos contra Esquilo por parte de ambos, si acaso existieron, fueron estilísticos y no políticos. *[regresar]*

[16] *Sic.* Normalmente Maevius; junto con Bavius, malévolo detractor y crítico de Virgilio de quien el mantuano escribe de manera dura en *Ecl.* III, 90, que en una versión libre diría: ‘‘Quien no aborrece a Bavio, los borrones / ame de Mevio y lea, y unidas / las zorras junza, ordeñe los cabrones" Horacio lo ataca igualmente (*Ep.* X): "fétido Mevio" haciendo causa común con su amigo. Don Alfonso Reyes transcribe así el nombre: "¿Acaso los pastores de las *Bucólicas* no eran también gente de letras y, entre sus sencillas alusiones a las cosas del campo, Dametas y Menalcas no mezclan el nombre del letrado Polión, amigo de las novedades, y la mención

satírica de los malos poetas rutinarios y retardados Bavio y Moevio?" ("Canto a Hidalgo", 294-295, *Marginalia).* *[regresar]*

[17] Lucilio (*c*180-101 a. de C.) es el creador del género satírico, según el propio Horacio, quien le criticaba su abandono a la inspiración fácil y su falta de autocrítica que lo llevaban a expresar sus ideas de forma tosca y con descuido (para la crítica general de Horacio con estilo de los "antiguos", *v., Ep.* 2,1 y *Ars,* 347 *ss*; 408 *ss*). Escribió 30 libros de *Saturae* de amplia variedad temática, ataques contra personajes corruptos y contra los vicios imperantes en la sociedad de su tiempo, testimonios autobiográficos, críticas literarias y filosóficas, etc. Por encima de la diversidad temática se imponen siempre la crítica y los ataques mordaces, de carácter personal, lo que confiere a la sátira esa nota distintiva que ha llegado hasta nuestros días y que llevaron a su mejor expresión Horacio, Juvenal y Persio. *[regresar]*

[18] Poeta satirizado por Virgilio, Horacio y Juvenal, quien dice que Codro vivía en la miseria. "Nada tenía Codro, ¿quién lo niega? Y, sin embargo, perdió el infeliz toda esa nada" (III, 203-211). *[regresar]*

[19] Tal vez se refiere a Giovan María Cecchi (1518-1587), poeta y dramaturgo florentino, uno de los renovadores del teatro italiano del Renacimiento. Escribió obras religiosas y comedias mundanas inspiradas libremente en Plauto y Terencio. Destacan sus obras *Comedias* y *Dramas espirituales.* ¿O se referirá a Ciacco por Cecchi, dell'

Anguillara, poeta florentino del siglo XIII, identificado, según algunos con el Ciacco del Infierno (VI, 34-99), aunque otros lo hacen con un banquero de Florencia? Parece poco probable. *[regresar]*

[20] Robert Green (1560-1592), académico y hombre de letras formado en Cambridge, fue autor de romances, obras de teatro, tratados y canciones; pocos escritores ingleses han tenido una carrera más sórdida; incluso terminó muriendo en la calle junto a la casa de un zapatero. Desde 1592 sintió terribles celos por la obra de Shakespeare; testimonio claro es la petición que aparece en su *Groatsworth of Wit,* publicado por su amigo Chettle semanas después de su muerte, en donde Green urge a tres de sus amigos, aparentemente Marlowe, Lodge y Peele, a dejar de escribir para los *teatreros:* "Base-minded men, all three of you, if by my misery ye be not warned; for unto none of you like me sought those burs to cleave; those puppets, I mean, who speak from our mouths, those anticks garnisht in our colors [...] There is an upstart Crow, beautiful in our feathers, that, with his tiger's heart wrapt in a player's hide, supposes he is as well able to bombast out a blank verse as the best of you, and, being an absolute Johannes Factotum, is, in his own conceit, the only Shakescene in the country. Oh, that I might entreat your rare wits to be employed in more profitable courses, and let these apes imitate your past excellence, and never more acquaint them with your admired inventions". *[regresar]*

[21] Jean de Rotrou, poeta y dramaturgo francés (1609-1650), fue un prolífico autor que legó al menos 35 obras, entre las cuales se considera de las mejores *Venceslas,* basada en *No ay ser padre siendo rey* de Rojas Zorrilla. Si bien no toda su producción es de obras maestras, se le puede considerar a la par de Racine y de Corneille, a quien apoyó con un libelo titulado *L'Inconnu et véritable amy de Monsieur de Scudéry et Corneille.* Georges de Scudéry (1601-1667) fue también dramaturgo, novelista y poeta. Se ganó el favor de Richelieu escribiendo contra Corneille una carta a propósito de *El Cid,* dirigida a la Academia, a la cual entró en 1650. Quizá la única pieza que no escapó al olvido es *L'Amour tyrannique.* Probablemente por ello atacó también a Rotrou. Con la obra criticada por Scudéry, Corneille rompió con el estatus de poeta oficial y se opuso a las prácticas del cardenal, por lo cual fue atacado por la misma Academia, aunque ocupó el sillón número 14 hasta su muerte. *[regresar]*

[22] Mediocre autor de comedias (1638-1710), fue declarado enemigo de Molière *(La cocue imaginaire)* pero, inmediatamente después de escribir dicha obra se reconcilia con él, al grado de velar por los intereses de su hija y de escribir su oración fúnebre. En 1672 funda el célebre *Mercure galant,* en el cual participa Thomas Comeille. *[regresar]*

[23] El abad Pierre François Guyot-Desfontaines (1685-1745) fue periodista, crítico, traductor e historiador. Fundó los periódicos *Le Nouvelliste du Parnasse* y *Observations sur les*

Écrits Modernes; hoy es conocido por sus apasionados ataques a las obras dramáticas de Voltaire. Éste responde con la publicación de *Le Préservatif, ou critique des Observations sur les écrits modernes* (1738). Ese mismo año Desfontaines publica en su defensa un libelo anónimo titulado *La voltairomanie,* que compila todas las anécdotas escandalosas sobre su enemigo. Continuaron así durante años. No obstante, podría ser reconocido como el fundador de la nueva crítica literaria pues buscaba una crítica estética y moral de los textos. *[regresar]*

[24] Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), naturalista, matemático, biólogo, cosmólogo y escritor francés. Sus teorías influyeron en generaciones de naturalistas, entre ellos Lamarck y Darwin. Tradujo a Newton; en su discurso de ingreso a la Academia, *Discours sur le style,* afirmó: "el estilo es el hombre mismo". Su máxima obra es *L'Histoire naturelle, générale et particulière* en 36 volúmenes; en ella menosprecia las especies y tierras del Nuevo Mundo, lo cual encenderá una fuerte polémica con Francisco Javier Clavijero, quien refutará al francés y al holandés Cornelius de Paw en su *Historia antigua de México.* En *Les époques de la nature,* suplemento publicado en 1778, Buffon trató los orígenes del sistema solar, especulando que los planetas habrían sido creados por cometas que colisionaron con el Sol; sugirió también que la edad de la Tierra debía ser mucho mayor a los seis mil años proclamados por la Iglesia católica, por lo cual fue

condenado y sus libros, quemados. Laurent Angliviel de Labeaumelle (1727-1773), educado por los jesuitas, se distinguió por su erudición. Estuvo en Dinamarca donde escribió su primera obra, *Mes pensées.* Más tarde, en la corte de Prusia, conoció a Voltaire, quien leyó el libro en el cual Labeaumelle decía de él que recibía siete mil escudos y lo llamaba *bouffon* y *nain,* esto fue origen de una guerra de personalidades e injurias muy enconada. Tiene que dejar Berlín; en París gana una visita a la Bastilla por su obra *Notes sur le siécle de Louis XIV.* Cuando sale por fin, seis meses después, vuelve a prisión por sus *Mémoires de Madame de Maintenon.* Por supuesto, no es difícil pensar que Voltaire y sus partidarios, entre ellos Buffon, eran fervientes instigadores de su ruina. Finalmente no resiste más y se marcha de París a Toulouse, en donde se dedica a hacer traducciones. Años más tarde vuelve a París y allí muere. *[regresar]*

[25] Charles Palissot de Montenoy (1730-1814), dramaturgo conocido particularmente por ser archienemigo de Diderot. En 1755 fue encargado de escribir una comedia. *Le cercle,* para la inauguración de una estatua de Luis XV en Nancy, en presencia del rey de Lorena; eligió un *défilé de ridicules* a la manera de Molière *(Fácheux),* en el que introduce a un filósofo en el cual se podía reconocer fácilmente a Rousseau, moviéndose a cuatro patas y comiendo ensalada. Más por oportunismo que por convicción, se vuelve del clan de los *anti-philosophes* y escribe en 1760 la célebre comedia

Philosophes, en la cual ataca a todos: Diderot, Rousseau, Voltaire, D'Alambert. Tuvo un éxito enorme y fue todo un escándalo; las reacciones no se hicieron esperar, luego llegó el silencio. Pasaron los años y siguió escribiendo sin mucha fortuna En 1782 la Comedia Francesa le rinde un tributo; se dedica por esos años a editar las obras completas del propio Voltaire, de Boileau y de Corneille, y pronuncia un discurso en el Club de los Jacobinos, tan virulento en su ataque contra la religión que alarma al mismo Robespierre. Finalmente, se convierte en administrador de la Bibliothèque Mazarine bajo Napoleón. *[regresar]*

[26] El ex jesuita Nonotte, nativo de Besançon, muerto en 1793 a la edad de 82 años, fue autor de los *Erreurs de Voltaire* (Avignon, 1762, 2 vol. In-12). Diderot, como otros *philosophes*, en el dominio de la crítica histórica oponía los hechos a los hechos, lo verosímil a lo posible, como lo dice en sus *Pensées.* Sin embargo, a diferencia de los demás, él fue más lejos: no sólo exige que la Revelación resista la prueba de la razón crítica, sino que se traduzca en una ecuación matemática que satisfaga el imperativo de la razón pura. Resulta entendible que desde campo de los apologistas católicos, el abad Nonotte exclame: "La religión, los hechos, los acontecimientos, ¡demostrados geométricamente! ¡Sólo los fanáticos o los locos se pueden expresar como el autor de los *Pensamientos filosóficos*!" *(Cfr.* R. R. Palmer, *Catholics and unbelievers in Eighteenth-Century France,* Princeton, 1939, p. 81). *[regresar]*

[27] Élie Catherine Fréron fue periodista, crítico y polemista (1718-1776). En 1754, funda *L'Année Littéraire,* que fue la obra de su vida y dirigió hasta su muerte. Criticó la literatura de su época comparándola con la del siglo XVII y combatiendo a los *philosophes* en nombre de la religión y de la monarquía. El periódico tuvo mucho éxito y se ganaba muy bien la vida. Atacó principalmente a Voltaire, "sublime en uno de sus escritos, rastrero en todas sus acciones" (*Lettres sur quelques écrits de ce temps).* La crítica fue reanudada en cada número del periódico, mordaz pero siempre expresada con cortesía y precisión. Voltaire replicó con una violenta sátira, *Le pauvre diable,* y con una obra de teatro, *Le café ou l'Écossaise* (1760), en la cual se representa a Fréron con el personaje de *Wasp* (avispa), espía y delator, tunante envidioso y vil, siempre dispuesto a calumniar en su periódico "*L'Âne Littéraire* " -como lo llamaba Voltaire- a cambio de dinero. La disputa siguió; el periódico dejó de tener el éxito de antaño y, finalmente, Hue de Miromesnil ordena su clausura en 1776, lo que provocó tal contrariedad a Fréron, que murió poco después. *[regresar]*

[28] Aulus Vitelius, emperador romano durante el *interregnum* del imperio, del 17 de abril al 20 de diciembre de 69 d. C. el año de los "cuatro emperadores" (Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano). Fue cónsul en 48 y procónsul en África; en 68 Galba lo envía al mando de las legiones al sur de Germania. El 2 de enero de 69 es proclamado emperador por sus tropas y las del resto de Germania. El 2 de enero de 69 es

proclamado emperador por sus tropas y las del resto de Germania; de inmediato otras provincias lo siguen, Galia, Retia, Britania e Hispania. Si bien su marcha a Roma fue realmente la de un vencedor, fue imposible mantener el poder, se proclamó sucesor de Nerón y se otorgó el título de *consul perpetuus.* Después de la lucha contra Sabino en el Capitolio, lo encontraron escondiéndose y lo asesinaron cruelmente en el foro. Decimus Iunius Iuuenalis nació entre el año 50 y el 65 y todavía escribía en el año 127; no se sabe mucho más de su vida, salvo que fue amigo de Marcial, único en mencionarlo. Recibió el reconocimiento como autor sólo hasta el siglo IV, aunque desde entonces se le considera el máximo exponente de la sátira romana. Nos legó 16 sátiras en hexámetros, agrupadas en cinco libros. *[regresar]*

[29] Marcus Atilius Regulus, general romano, fue cónsul dos veces. Luchó contra los cartaginenses y los venció, pero impuso un precio demasiado caro por la paz, por lo cual los vencidos contrataron a un mercenario griego, Jantipo, en sustitución de Amílcar Barca. Vencen los africanos en Bagradas y Régulo es hecho prisionero; enviado a Roma, por de un intercambio de prisioneros regresa a Cartago, en donde fue torturado hasta la muerte, en el año 250 a. C. (*cfr.* Hor., *Carm.,* III, 5). *[regresar]*

[30] Se refiere a Publius Clodius Thrasea Paetus, filósofo estoico, conocido por su rectitud y espíritu republicano. Se hizo a sí mismo siguiendo como modelo a Catón de Útica

(Marcus Porcius Cato), de quien compuso una *Vida* que el mismo Plutarco toma como referencia (*Cato Min.*25, 37). Condenado por Nerón el año de 66 d.C. puso término a su vida de noble manera. *[regresar]*

[31] Alphonse Rabbe (1784-1829). Escritor, historiador, crítico y periodista. De poderosa y encantadora personalidad, de palabra persuasiva, si bien no consiguió verdadera fama, sí el reconocimiento de algunos como el propio Victor Hugo (*vid.* el poema XVII de los *Chants du crépuscule,* dedicado con toda claridad *A' Alphonse Rabbe-Mort le 31 décembre 1829)* y Dumas, padre. Es recordado principalmente por su libro postumo, *Album du pessimiste,* que inspiró, entre otros, a Baudelaire y a Cioran. Dominado por su adicción al opio y desfigurado por la sífilis que padeció durante años, muere finalmente por una sobredosis de láudano. Sigismond Auguste Armand Barbès (1809-1870) fue un feroz republicano, eternamente opuesto a la monarquía. Se le recuerda sobre todo por su participación tanto en la insurrección del 12 de mayo de 1839, por la que fue condenado a prisión perpetua, como por la revolución del 15 de mayo de 1848, en la que fue liberado. Encarcelado de nuevo, gozó de la amnistía de 1854 mas prefirió exiliarse. *[regresar]*

[32] Gustave Planche (1808-1857) fue un crítico literario, una de las "bestias negras" de los románticos, aunque era amigo de la misma George Sand. Bohemio paupérrimo, de una

increíble independencia, es el héroe de 10 anécdotas que, curiosamente, destacan su desdén porla higiene. Escribió algunas obras como *Portraits littéraires* (1836) y *Nouveaux Portraits* (1854). En 1838 viaja a Italia para estudiar a los maestros del arte y permanece ahí ocho años; se da a conocer como crítico de arte con sus *Études sur les arts* (1855) y con *L'École française* del mismo año. Asimismo, fue acérrimo crítico de Hugo, tanto en la revista *L'Artiste* como en la *Revue des Deux-Mondes*; fue ejemplo cabal de la hugofobia del mundo literario romántico. Hugo encamaba, según él, la decadencia de la literatura: "Ses odes, ses romans et ses drames sont écrits avec des mots et ne relèvent ni de l'intelligence ni du coeur" (*Portraits littéraires).* Jean Joseph Louis Blanc (1811-1882), pensador, historiador y político francés; participó activamente en publicaciones de signo político, hasta que funda en 1839 la *Revue du Progrès* para apoyar el socialismo. Defiende la revolución como único medio para solucionar los problemas de los trabajadores, junto con la creación de talleres sociales. Su idea de socializar los medios de producción y construir una nueva sociedad organizada en grupos era parte de su doctrina, junto con la defensa de la libertad de pensamiento. Con la caída del rey Luis Felipe en la revolución de 1848, Blanc fue miembro del gobierno republicano provisional. Sofocados los movimientos revolucionarios, sufrió el exilio en Gran Bretaña durante 22 años. En 1870 regresa a Francia, siendo elegido diputado un año después. Entre sus obras más

importantes cabe citar los 12 volúmenes de la *Historia de la Revolución francesa que* escribió entre 1847 y 1862. El 12 de diciembre de 1882 Charles Edmond, en nombre de Víctor Hugo, leyó en los funerales de Blanc las "Obsèques de Louis Blanc" que el poeta escribió para tal ocasión (*cfr.* Hugo, *Actes et paroles. Depuis l'exile,* 1882). *[regresar]*

[33] François-Thomas-Marie de Baculard d' Amaud (1718-1805), escritor, a los 17 años había terminado tres tragedias; Voltaire ensalza sus ensayos y acepta sus consejos e incluso dinero suyo. Federico II de Prusia lo invita a su reino, donde sólo se queda un año. En 1751 es nombrado consejero de la legación francesa en Dresde de donde regresa a París para dedicarse a escribir. Adopta un género lúgubre y sombrío que le da renombre durante algún tiempo. Muere pobre y lega entre otras, las siguientes obras: *Les Épreuves du sentiment* (1772-1781), *Les Délassements de l'homme sensible* (1783- 1793), *Les Loisirs útiles* (1793), *L'Histoire de M. et Mme Lábédoyère.* La más conocida de sus piezas teatrales es *Le comte de Comminges,* drama negro, representado en 1790. *[regresar]*

[34] *Jocrisse* es un término peyorativo para designar a un personaje cómico, a un simplón, débil e inocentón, que se deja dominar por los caprichos femeninos. Este personaje tipo de la comedia francesa fue creado por Louis-François Archambault, llamado Dorvigny (1742-1812), dramaturgo y actor cómico quien, se dice, era hijo natural de Luis XV.

Como el de Janot, el personaje de Jocrisse tuvo mucho éxito (tal vez se inspiró en el Stenterello piamontés) por ser tan tonto como Janot, pero con esa tontería feliz del hombre de bien *(vid. Jocrisse au bal de l'Opéra, Jocrisse congédié, Le Désespoir de Jocrisse). [regresar]*

[35]Expulsión.*[regresar]*

[36] Eugène Rouher (1814-1884), abogado y político, uno de los principales personajes del segundo Imperio; se le llegó a calificar como "Vice-emperador"; fue asimismo, entre la muerte de Napoleón III y la del príncipe Eugenio, el principal jefe del partido bonapartista. François Achille Bazaine (1811-1888), mariscal de Francia. Sirvió en las guerras de Argelia, Crimea y en la segunda intervención francesa en México; es conocido por su fracaso como comandante en jefe del ejército del Rin y por haber contribuido a la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870, en el sitio de Metz. Désiré Nisard (1806-1888), crítico literario y traductor de los clásicos, colaboró en el *Journal des Débats,* en el *National,* en la *Revue de Paris* y en *la Revue des Deux Mondes;* también fue profesor de retórica clásica. Se dedicó, además, a la política: diputado en 1842 y senador en 1867; director de la École Nórmale. Atacó a Victor Hugo en 1836, pues cuando fue electo como miembro de la Academia, en vez de Alfred de Musset, muchas voces lo criticaron. El periódico de Victor Hugo, *L'Événement,* armó un gran escándalo; perteneció al partido

imperialista. Probablemente, Hugo ironiza llamando Vieillard, o sea, vieja, a la Academia entera (madame Vieillard, madre de Roger Vieillard -1904-1989-, grabador e ilustrador, elegido también miembro de la Academia). Prosper Mérimée (1803-1870), escritor, historiador y arqueólogo; estudió derecho y sabía griego, árabe, inglés y ruso. Fue miembro de la Academia y una de sus novelas, *Carmen,* inspiró la ópera de Georges Bizet; estuvo muy ligado a la familia de la emperatriz Eugenia.*[regresar]*

[37] *Ag.,* III: *Quid, si per quindecim annos, grande mortalis aevi spatium...* ("Y qué, si durante quince años, gran espacio de la vida mortal...") De nuevo el intercambio de œ por æ. Hace referencia, sin duda, a la brevedad de la vida humana; sin embargo, si se considera este lapso con referencia a los frutos conseguidos, se puede decir que es un gran espacio, como lo hace Tácito en su prefacio a la vida de su suegro, Gnaeus Iulius Agricola.*[regresar]*

[38] *Khédive,* jedive (RAE: del persa *jadíw o jídíw,* señor), título que se daba al virrey de Egipto.*[regresar]*

[39] En esta frase, el original remite a las notas, inexistentes. *[regresar]*

[40] John Brown (1800-1859), luchador social, fue un hombre al que nada detuvo en su misión de abolir la esclavitud, salvo la muerte. No fue mayormente conocido hasta que, en 1855, se convirtió en el líder de la guerrilla y luchó en el enfrentamiento iniciado por los esclavistas en el pueblo de

Lawrence, Kansas; un año después, en respuesta a otro ataque pro esclavista, mató personalmente a cinco hombres. El 16 de octubre de 1859 guió a 21 hombres (cinco negros y 16 blancos) en el asalto al arsenal federal de Harper's Ferry, en Virginia. Su plan para armar a los esclavos se vino abajo por la intervención de marines, militares y locales comandados por Robert E. Lee. Menos de 36 horas después del ataque la mayoría de sus hombres fueron muertos o capturados. Herido él mismo, fue llevado a Charlestown, Virginia, acusado y juzgado por traición. Antes de que se dictara sentencia se le permitió dirigirse a la corte: "I believe to have interfered as I have done [...] in behalf of His despised poor, was not wrong, but right. Now, if it be deemed necessary that I should forfeit my life for the furtherance of the ends of justice, and mingle my blood further with the blood of my children, and with the blood millions in this slave country whose rights are disregarded by wicked, cruel, and unjust enactments, I submit: so let it be done". Fue colgado el 2 de diciembre. Entre los que lo apoyaron, además de Henry David Thoreau, está, evidentemente, Victor Hugo, quien escribió cartas, hermosas y categóricas, tratando de lograr la amnistía en favor de Brown.*[regresar]*

[41] Véanse las cartas de 1862 y de 1867 al final del ensayo. *[regresar]*

[42] Isabel II de España (1830-1904), conocida como "La de los tristes destinos" (Pérez Galdós), se exilió en Francia en 1868,

tras el triunfo de la revolución conocida como "La Gloriosa", y allí abdicó en favor de su hijo Alfonso XII. Con el apoyo de varios grupos en el gobierno revolucionario, Amadeo de Saboya, miembro de la familia real italiana, fue elegido su sucesor como Amadeo I de España. Era hijo de Víctor Manuel II, rey de Saboya-Piamonte y de María Adelaida (bisnieta de Carlos III de España). Isabel vivió el resto de su vida en París, donde fue testigo de la Primera república, del reinado y muerte de su hijo Alfonso XII, en 1885, y del inicio del reinado de su nieto Alfonso XIII tras la regencia de María Cristina de Habsburgo-Lorena. Fue enterrada en El Escorial. Carlos (1848-1909), duque de Madrid, cuarto pretendiente carlista al trono de España.*[regresar]*

[43] El trono de España se encontraba vacante tras el derrocamiento de Isabel II, en 1868. Al año siguiente, un congreso constituyente declaró a España monarquía constitucional. Juan Prim vetó encarnizadamente la restauración en el hijo de Isabel, el futuro Alfonso XII. Su candidato era Leopoldo de Hohenzollem-Sigmaringen; dicha candidatura contó con la fuerte oposición de Napoleón III y fue origen de la guerra franco-prusiana.*[regresar]*

[44] Escasez o necesidad económica. Juv., III, 164-5: *Haut facile emergunt quorum uirtutibus opstat/res aungusta domi.* ("No con facilidad se libran aquellos cuyas virtudes son obstruidas por la estrechez económica en su casa".) Podría entenderse también como infortunio.*[regresar]*

[45] El 4 de septiembre de 1870 fue la víspera de la partida de Victor Hugo de Hauteville House a París, a donde llegaría el 5 de septiembre.*[regresar]*

[46] Después de la guerra franco-prusiana, además de la pérdida de Alsacia y Lorena, Francia tuvo que pagar una cuantiosa indemnización a Alemania de 200 millones de *libras esterlinas,* es decir, mil millones de dólares, por los 175000 muertos y 400000 prisioneros, como se estableció en la Paz de Frankfort, el 10 de mayo de 1871.*[regresar]*

[47] "Queda en presencia del pontífice como Satanás en presencia de Jehová". Se refiere seguramente a la bula *Decet Romanum Pontificem* en la cual León X excomulga a Lutero el 3 enero de 1521 (ASV, *Reg. Vat.,* 1160, f. 305r). Quizá pudiera ser la anterior, del 15 de junio de 1520, *Exsurge Domine,* en la cual el mismo papa lo amenaza con excomulgarlo (ASV, *Reg. Vat.,* 1160, f. 251r). En el actual Palacio de la Medicina, en la Plaza de Santo Domingo de la ciudad de México, antiguo Palacio de la Inquisición, el lema que dominaba la entrada al edificio es, precisamente, *Exsurge Domine.*[regresar]*

[48] Auguste Vacquerie (1819-1895), poeta, dramaturgo y periodista; conocido por los estrechísimos lazos que lo unían a Hugo. En efecto, su hermano Charles era el esposo de Léopoldine, la hija del poeta a quien Vacquerie profesaba gran admiración. Dichos lazos fueron brutalmente rotos por el accidente que costó las vidas tanto de Charles como de

Léopoldine, al naufragar cerca de Villequier, en 1843. Siguió una carrera periodística más que literaria y visitó con mucha frecuencia a los Hugo durante los años de exilio. Fue el ejecutor testamentario de Hugo, junto con Meurice, y se encargó de las ediciones póstumas del poeta. Publicó *Miettes de l'histoire,* memoria de su estancia en Jersey, en donde estuvo desde 1852. Paul Meurice (1818-1905), conocido también por su gran amistad con Hugo. A los 18 años comienza a frecuentarlo, presentado por Vacquerie. Durante varios años escribe y presenta algunas obras de teatro como *Falstaff,* bajo el seudónimo de Léon Marcel. Más tarde, en 1848, lo hizo redactor en jefe de *L'Événement,* recién fundado, que lo llevará a prisión en 1851. Su amistad será muy grande: Hugo será su testigo matrimonial y, durante los 20 años de exilio, Meurice se encargó de los intereses financieros y literarios del poeta Por otro lado, continúa su carrera literaria y publica piezas de teatro y algunas novelas, en colaboración con Dumas, de quien será uno de los "negros". Adaptó *Notre-Dame de París* y *Los miserables* al teatro. Fundó junto con Vacquerie y los hijos de Hugo un periódico, *Le Rappel.* Como ejecutor testamentario, fundó en 1902 el Museo Victor Hugo en París. Victor Schoelcher (1804- 1893) político francés. En 1830 viajó a México y, al pasar por Cuba, contempla el espectáculo degradante de la esclavitud. Al llegar a París, se adhiere a la *Société pour l'abolition de l'esclavage.* No cesará de luchar por esta causa; nombrado por el gobierno en 1848 subsecretario de Marina

en Martinica y las colonias, contribuyó a que se reconociera y adoptara el Decreto sobre abolición de la esclavitud en las colonias. Fue diputado por Martinica y Guadalupe entre 1848 y 1850; como presidente de la Comisión para la abolición de la esclavitud impulsó el decreto del 27 de abril de 1848, en el cual se prohíbe la esclavitud en Francia y sus colonias de forma definitiva; ya había sido abolida por iniciativa del abad Henri Grégoire, durante la Revolución francesa, pero fue restablecida por Bonaparte en 1802. Republicano, defensor de los derechos de la mujer, adversario de la pena de muerte, fue proscrito durante el Segundo Imperio. Se exilió en Inglaterra, en donde frecuentemente se encontró con su amigo Victor Hugo. Después de que Napoleón III abdicara, fue reelecto diputado por Martinica en la Asamblea Nacional. En 1875 se convierte en senador inamovible. Al final de su vida decide donar todos sus bienes. Fue enterrado en el célebre cementerio Père Lachaise. Charles Ribeyrolles (1812-1860), escritor, periodista y propagandista republicano. Director del periódico *La Réforme,* se exilia en Inglaterra para evitar la represión de junio de 1849. Vivió en Jersey hasta 1855; publicó *Les bagnes d'Afrique* y *Les compagnons de la mort.* En 1858 o 1859, como vivía mal en Londres, recibió el encargo de escribir un libro sobre Brasil que se acompañaría de una serie de litografías a partir de las fotografías Victor Frond. Partió a Brasil y publicó en 1859 el primero de tres tomos de *Brésil pittoresque,* con el francés a la izquierda y la

traducción portuguesa a la derecha. Murió de fiebre amarilla en Río de Janeiro. Hugo envió una hermosa carta fechada el 4 de noviembre de 1860 al Comité para el monumento a Ribeyrolles, en la cual resalta su admiración por ese gran *libérateur.* Clément Dulac, gran amigo de Hugo, republicano ferviente, el 14 de marzo de 1848 fue nombrado Comisario del Gobierno no instalado (Dordogne); participó en la reunión del 6 de diciembre de1851 (“*Notre dernière réunion*”*)* y su nombre aparece también en el acta “Conducta de la izquierda después del golpe de Estado del 2 de diciembre”. Exiliado por decreto de Bonaparte del 9 de enero de 1852, junto con Víctor Hugo, Schoelcher y 56 personas más; fue frecuente visitante de la familia Hugo en Jersey (constancia de ello, la sesión espiritista en la cual participó, *Livre des tables,* 21 de enero-8 de octubre de 1855). El año 1870 se abrió para Hugo con la muerte de un amigo, Hennett de Kesler. Kesler y él intercambiaron su primer apretón de manos en la mañana del 3 de diciembre de 1851, en la calle Sainte-Marguerite, a unos pasos de la barricada Baudin. Esta fraternidad comenzó en las barricadas y se mantuvo en el exilio. Kesler, devorado por la nostalgia, muere el 6 de abril de 1870. Su tumba está en el cementerio de Foulon, cerca de Saint-Pierre. Hay una piedra con la inscripción: *A Kesler,* y debajo se puede leer: *Su compañero de exilio, Víctor Hugo.* El 7 de abril, Víctor Hugo pronuncia un pequeño discurso junto a la fosa de su amigo (“Cette barricade, les soldats crurent la renverser, le coup d’état crut la détruire; le coup d’état et ses

soldats se trompaient. Démolie à Paris, elle fut refaite par l'exil", *Actes et Paroles. Pendant l'exile,* 1870, V). Charles, su segundo hijo, nacido en noviembre de 1826, murió en 1871; la primera, Leópoldine, murió en el trágico accidente con su esposo en 1843. François-Victor, el tercero, nacido en octubre del 1828 murió en 1873. Ambos fundarían con Meurice y Vacquerie el periódico *L'Événement.* Hugo sobrevivió a todos sus hijos, salvo Adèle, quien falleció en 1915; sin embargo, a ella la dejó de ver desde 1863 cuando escapa a Canadá siguiendo a un lugarteniente inglés de apellido Pinson, el supuesto amor de su vida; allá enloquece. Su esposa muere también antes que él, en 1868, y Juliette Drouet, *Juju,* quien fue su amante y amiga, lo hace en 1883, dos años antes que él.*[regresar]*

[49] En 1793 se redactó una nueva *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano,* y una nueva constitución de tipo democrático que reconocía el sufragio universal. También aconteció el llamado *Motín del pan.* Y no se debe olvidar que durante ese año Maximilien Robespierre dominaba desde el Comité de Salud Pública y los jacobinos desataron lo que se denominó el *Reinado del Terror.[regresar]*

[50] Mientras duró el sitio de Puebla, se publicó un periódico impreso a dos columnas, una en español, la otra en francés. Todos los números comenzaron con una página de *Napoléon-le-Petit* de Hugo. En uno de ellos los mexicanos hicieron un llamado al poeta francés: "La mejor Francia está

con nosotros. Habéis Napoleón, habemos Victor Hugo (*sic*). Esta carta es su respuesta.*[regresar]*

[51] Véase la nota 1.*[regresar]*

[52] No se debe malinterpretar la mención de las estrellas: Victor Hugo luchó también de lado de quienes, como John Brown, buscaban que Estados Unidos no fuera un poder despótico.*[regresar]*

[53] Mientras que en México se consumaba el destino de Maximiliano, en París se vivía en medio de un delirio de grandezas imperiales con el brillante éxito de la exposición mundial que Napoleón III había organizado en 1867. París se convirtió en el centro de Europa y del mundo; numerosos soberanos europeos, incluso el rey de Prusia y el zar Alejandro II, visitaban la ciudad, como huéspedes de Napoleón, para contemplar la exposición. Ya se sabía que el emperador Maximiliano estaba prisionero, pero México estaba lejos. No se creía en la seriedad de su situación y, del mismo modo que en Washington, se trataba todo el asunto con cierta dejadez. Todavía el 17 de junio el secretario de Estado de Relaciones Exteriores, Seward, había dicho en una comida al barón von Wydenbruck, refiriéndose a Maximiliano: "Su vida está exactamente tan segura como la mía o la suya". Sólo un suceso detuvo por un momento la alegría de las fastuosas fiestas de París: a la vuelta de la gran revista de Longchamps, donde Napoleón reunió el 6 de junio sus mejores tropas para dar al zar, y en particular al rey de

Prusia, una impresionante idea de su poder, un refugiado polaco de nombre Berezowski disparó su revólver contra el coche en que el emperador y el zar volvían de las Tullerías. Su objetivo no era Napoleón sino Alejandro II. La sangre fría de un oficial que instintivamente espoleó su caballo interponiéndolo entre el criminal y el coche, salvó la vida del emperador. Napoleón se puso de pie en el coche y volviéndose hacia Alejandro II le dijo: "Sire, hemos estado juntos en el fuego; ahora somos hermanos de armas". "Nuestros días están en manos de la Providencia", respondió fríamente el zar. Pero pronto se olvidó este incidente y la gente siguió divirtiéndose, visitando la magnífica exposición.*[regresar]*

CRONOLOGÍA DE VÍCTOR HUGO

1802	Nace en Besançon, Francia, el 26 de febrero.
1808-1812	Acompañando a su padre, general napoleónico, vive en España con su familia.
1819	Con sus hermanos, funda la revista *El Conservador Literario.*
1821	Aparece *Odas*, su primer libro de poemas.
1822	Se casa con Adèle Foucher.
1823	Nace su primogénito, Leopoldo, que muere poco tiempo después.
1824	Nace su hija Leopoldina.
1826	Nace su hijo Charles.
1830	Nace su segunda hija Adèle.
1831	Se publica su novela *Notre Dame de Paris.*
1843	Muere su hija Leopoldina, ahogada en el Sena.
1848	Electo diputado de la Segunda República.
1852	Por sus ideas revolucionarias se ve obligado a huir a Bruselas el 11 de enero. Exiliado en Jersey entre 1852 y 1855; a partir de ese año se traslada a Guernesey.
1862	Escribe *Los miserables.*
1865	Se instala en Bruselas.
	Vuelve definitivamente a París, al día siguiente de

1870 la proclamación de la Tercera República.

1871 Expulsado de Bélgica por haber dado refugio a algunos comuneros, encuentra asilo por varios meses en Luxemburgo. Es elegido diputado en la asamblea de Burdeos.

1876 Elegido senador de la Sena en favor del Armisticio.

1878 Sufre una congestión cerebral y vuelve a Guernesey

1885 Muere en París el 22 de mayo a causa de una pulmonía

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

Víctor Hugo, *Cromwell,* París, Flammarion, 1968; *Hernani,* París, Le Livre de Poche, 1987; *Noventa y tres,* México, Porrúa, 1990; *La leyenda de los siglos*, Madrid, Cátedra, 1994; *Han de Islandia,* Madrid, Valdemar, 1995; *Les châtiments,* París, Gallimard, 1998; *Les travailleurs de la mer,* París, Le Livre de Poche, 2002; *Manifiesto romántico: escritos de batalla,* Madrid, Península, 2002; *El último día de un condenado a muerte,* Madrid, Akal, 2004; *Les contemplations,* París, Gallimard, 2004; *Los miserables,* México, Porrúa, 2004; *Nuestra Señora de París,* Madrid, Alianza Editorial, 2006; *El promontorio del sueño*, Madrid, Siruela, 2007.

INFORMACIÓN SOBRE LA PUBLICACIÓN

AVISO LEGAL

Este texto fue publicado en la colección Pequeños Grandes Ensayos de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México en 2007 bajo el cuidado editorial de Odette Alonso y Alejandro Soto.

Esta edición fue preparada con la colaboración de la Dirección General de Cómputo y de Tecnologías de Información y Comunicación de la UNAM. La formación fue realizada por René Rivera Sedano y Carolina Silva Bretón.

Primera edición electrónica: 2012

Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial



ISBN de la colección: 978-970-32-0479-1

ISBN de la obra: 978-970-32-4214-6

Hecho en México

DATOS DE LA COLECCIÓN

COLECCIÓN
PEQUEÑOS GRANDES ENSAYOS

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN
Álvaro Uribe

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN
Arturo Camilo Ayala Ochoa
Elsa Botello López
José Emilio Pacheco
Antonio Saborit
Ernesto de la Torre Villar
Juan Villoro
Colin White Muller

DIRECTOR FUNDADOR
Hernán Lara Zavala

Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Índice